DAVID N. ARCE

DESVENTURA Y PASION DE CARLOTA

ESQUEMA PARA UN ESTUDIO

Prólogo de

ALBERTO VALENZUELA RODARTE

EDITORIAL JUS, S. A. MEXICO, 1962

F1233
.3517

Derechos Reservados ©
por el autor.

Primera Edición.—Diciembre de 1962.—3,000 ejemplares.

EDITORIAL JUS, S. A.
Plaza de Abasolo 14,
Colonia Guerrero,
México 3, D. F.

LEGADO
- DE -
DWIGHT W. MORROW

BIBLIOTECA CENTRAL
U. N. A. M.

20-II-63

PROLOGO

ESTE LIBRO ES UNA TESIS, *avalada por copiosas lecturas, en el buen español que ya le conociamos a David N. Arce en sus demás escritos, tan pensados siempre y tan personales.*

La tesis pudiera enunciarse con las mismas palabras que titulan el primer capítulo: "resentimiento y frustración" de Carlota Amalia, Emperatriz de México. En el decurso de la obra irán apareciendo las pruebas.

El ensayo no es nada favorable a sus Majestades Imperiales.

Todos veían que había que recurrir a algún arbitrio para salir del atolladero de la Guerra de Tres Años, remate de medio siglo de fracasos, y casi todos miraban como el único solicitar la ayuda de una potencia que se contentara con el pago de los condotieros suministrados por ella (los conservadores) o que nos hiciera el favor de admitirnos como apéndice (los liberales). David N. Arce nunca admitiría la solución última y quizá ni la solución conservadora; pero mucho menos la forma práctica de llevar esta intervención adelante, con la implantación de un Imperio. Y en cuanto a Maximiliano y Carlota niega totalmente que tuvieran dimensiones de salvadores.

Mi sentir no difiere mucho del suyo. Porque, como el mismo Maximiliano puso su vida y su custodia en manos de un traidor, por no conocer a los hombres, así, por el mismo defecto, pusieron en las manos de él la suerte de México, los comisionados de Miramar, cinco años antes. Sólo su inconsciencia le impide merecer el dictado de traidor, al igual de López. Pues aquel soñador caminaba entre brumas de buenas intenciones a perderse perdiéndonos.

70630

Sólo que para mí, ya el hecho de simbolizar un ideal altísimo para México, le comunica cierto halo de intangibilidad. Como un abanderado herido en la batalla entrega la enseña, sin fijarse a quién, al primero que mira de pie a su lado, así México confiaba la bandera de sus ideales de hispanidad y cristianismo. ¡Pero a alguien a quien nada significaban! Convenía que se reanudara la evolución de México, conforme a la esencia de México, sin subversión de todo lo que le había constituido casi en el primer país de América, cuarenta años antes. Y por la bandera que empuña me cuadro ante el Emperador.

También el fin tan imperial y tan cristiano de él, y la desventura de Carlota les concilia en la tumba nuestro perdón amplísimo y nuestro respeto, casi nuestro cariño. Recuerdo que en el kinder oficial tuve valor para decir a una de las maestras: "Mi madre no quiere a Juárez, porque mandó matar a Maximiliano"; que, universitario en México, tenía en mi librero dos figurillas de cerámica: el Emperador y la Emperatriz; que, años después, residente en Bélgica, emprendí pequeña peregrinación a Laeken y a Bouchout, el castillo donde murió ella. Sólo este respeto me hace disentir, en puntos no sustanciales, de David N. Arce.

Lo cual es afirmar que todo lo sustancial del libro me parece bien. Creo que resulta de Carlota un retrato mejor que el cuadro al óleo que exhibe el Museo de Chapultepec. Ahí está, en la anécdota de la señora mexicana que se lanzó a darle un abrazo, a la mexicana, y que fue rechazada, con la acotación de Sara York Stevenson, dama de honor: "Era reservada y un tanto carente de tacto y adaptabilidad; con cierta brusquedad de maneras, y una dignidad demasiado pagada de sí misma, repelió a muchos que estaban dispuestos a la veneración".

Su correspondencia, especialmente con Eugenia, refuerza los rasgos y demuestra, además, que sus majestades andaban en la luna, primeros cosmonautas involuntarios. Estaban pensando que había continuidad histórica entre la Babel pre-cortesiana, y el México mestizo y católico del siglo XIX; se creían, sobre todo Carlota, llamados a "civilizar" y a "importar civilización"; descubre ella,

"en el bajo clero", "elementos de patriotismo y aun de progreso intelectual". Nada más que "elementos" y luego, sólo "en el bajo clero". Como que en el alto, y nominalmente en el representante del Papa y en Mons. Labastida, habían de encontrar los imperiales consortes una oposición irreductible a la absurda tentativa de concordato *a base de admisión de las leyes de Juárez, contra las que justamente se luchaba y por las que se había tolerado la intervención.*

En la misma carta, que aquí se transcribe en la p. 53, hace causante de todas las desgracias de México a Santa Anna, y estima que "el gobierno de Juárez era ya una sensible mejoría". Decididamente, la Emperatriz estaba más loca antes de perder la razón. Pero los liberales de entonces tuvieron toda la lógica que faltó a sus hijos y a sus nietos, pues al adherirse casi en bloque a la administración de Maximiliano, se adherían a algo ideológicamente igual al juarismo, y a alguien cien veces más simpático que Juárez. Bien se avenían los resabios luteranos de Carlota y el liberalismo josefista de Maximiliano, con el indigenismo ingenuo "del descendiente de Carlos V presto a sentarse en el trono de Moctezuma", con el hidalguismo de la imperial pareja, que no llegó a entender nunca el porqué de la independencia consumada por Iturbide; con el anticlericalismo hipocritón de los Almontes y los Salas; para muchos, con el deseo de conservar los bienes robados a la Iglesia.

Acierta la Emperatriz, en cambio, según yo, cuando piensa que debe hacerse frente a una situación libremente admitida y con fines esencialmente buenos. La exhortación a Maximiliano, que en parte se transcribe en la página 61, sólo yerra en que es ya extemporánea: "Salir como adalides de la civilización *(pase esta "civilización" que nadie solicitaba acá)*, libertadores y regeneradores, y echarse atrás con el pretexto de que no hubo a quién civilizar, libertar ni regenerar, y todo en íntimo acuerdo con Francia, . . . es confesar, por unos y por otros, que retirarse sería el mayor de los absurdos. . ."

En la antecámara de la locura franca, cuando lucha por ser admitida a una nueva entrevista con Napoleón, me parece haber lle-

gado Carlota al zenit de la lucidez y la cordura. La requisitoria al emperador de los franceses es como para escribirse al lado de la valientísima de Arango y Escandón a Bazaine, y no podía estar más en su punto: "Se dice que Francia ha cumplido los compromisos que se impuso por el Tratado de Miramar y que de México no ha recibido sino muy incompletas las compensaciones que le fueron prometidas. La culpa la tiene Bazaine. Los fondos de los empréstitos se han consumido, en su mayor parte, en la guerra civil, de cuyas consecuencias debe responsabilizarse al Comandante en Jefe del Ejército Franco-Mexicano que, por su inacción durante año y medio, ha permitido que los disidentes se apoderen de la mitad del país. El general en jefe francés ha privado al Gobierno Mexicano de sus naturales recursos, al no terminar pronta y felizmente la guerra. El Mariscal se hizo sordo a toda indicación y abandonó provincias enteras al retirar sus tropas, las que permanecieron en absoluta inactividad por muchos meses... Se ha acusado al Gobierno Imperial de no haber marchado de acuerdo con un partido político determinado, pero esto se hizo por consejo de los generales franceses...

"...Se ha dicho que la hacienda de México está en desorden, pero es el caso que los administradores de esta hacienda han sido todos franceses: Mr. Budin, Mr. Corta, Mr. Fould, Mr. Langlais...

"...Se reprocha al Gobierno Imperial Mexicano no haber festinado la organización de un ejército nacional, pero ¿quién ignora que el comandante en jefe estaba comisionado para formarlo investido de todos los poderes necesarios al efecto? Su inacción en este punto es evidente" *(aquí, p. 76).*

Bien realzada queda, por otra parte, en este libro, la inconsecuencia de gobernar con leyes juaristas, con la colaboración de hombres del otro bando, con la rapiña liberal sancionada. Erraron los que llamaron al Hapsburgo; pero no parece merezcan reprobación por haber pensado en "imperio", pues un imperio puede ser exigencia democrática, es decir del pueblo, y puede florecer en él una democracia genuina, y en la "república" puede haber un único elector. Tampoco la merecen por llamar a un príncipe extranjero. Princesa alemana era Victoria, que llenó un siglo de Inglaterra, y alemán también, su tío, Leopoldo, el fundador de la dinastía belga. Creo que hay tendencia a juzgar de una empresa por el éxito que tuvo o que no tuvo, y habría que juzgarla más bien por la rectitud de sus miras y por la prudencia de las medidas tomadas para ponerla en práctica, atendida la urgencia de obrar y la angostura de las circunstancias.

Así, yo creo que sí hubo "voluntad de la nación, libremente expresada", y que no hay que ver en los Notables *unos títeres, pues hicieron aquello que debían, y no más. En cuanto al modo de ser designados, no fue menos "legal" que el de cualesquiera "representantes" en México, ni eran más indignos de representar al país que cualquiera "legislatura" prefabricada democrática. Ni tampoco parece que el Imperio fuera sólo blanco del* relajo, *pues fue una causa popularmente universal. Testigos los mismos liberales que en masa se le adhirieron, y testigo el reconocimiento de todas las naciones, salvo Estados Unidos.*

La observación de la página 85 es como para hacer filosofía cristiana de la historia: en realidad, Juárez, "con el fusilamiento liberó a Maximiliano de regresar a Europa destronado y corrido, en apoteosis de ludibrio, y otorgó al ezquizoide que no supo vivir con bizarría, la ocasión de morir, traicionado y transfigurado, con entereza de hombre, y de caer con dignidad heroica". Sólo que nada de esto era buscado por Juárez. El renglón derecho de Dios fue escrito con lo tortuoso de los móviles del zapoteca.

De Maximiliano vale recordar que

es la ciencia consumada
el que el hombre bien acabe;
porque, al fin de la jornada
aquel que se salva sabe,
y el que no, no sabe nada.

De la Emperatriz, puede decirse la bella oración fúnebre con que termina el bello libro de David N. Arce: "Desventurada Empera-

triz de un mundo de mentira, su desventura, su pasión y su psicosis culminaron en martirio. Su martirio ha de haber sido cabal expiación ante el Juicio Divino. Sierva feliz, en el reino de Dios, descanse en paz. Así sea".

ALBERTO VALENZUELA RODARTE

Noviembre de 1962

Resentimiento y frustración

> *". La historiografía psicológica no es sólo causal, sino que todo causalismo histórico conduce a ella, porque, sea cual fuere la causa general y aun la causa última que se le dé a la realidad, nunca puede obrar como no se traduzca en hechos psíquicos.*
>
> BENEDETTO CROCE [1]

ENFOCADA POR LO GENERAL más literaria que históricamente —aun en esos libros de mitología política que se llaman de historia—, la figura de Carlota de Bélgica se ha venido desplazando de la realidad para ubicarse, alguna vez hasta con cierta dosis de poesía, en los planos nebulosos de la leyenda. En este caso, por ejemplo, aquella estimable "pieza antihistórica" [2] en que una actriz ilustre,[3] siguiendo la antihistoricidad de la pieza y desplegando sus excepcionales dotes, otorgó al personaje la gran estatura espiritual que precisamente faltó a la pobre enferma que de manera tan dramática quiso jugar a "Su Majestad la Emperatriz de México".

Después, como varios autores echaron con largueza agua, y agua turbia de folletín, en el vino recio de la historia y en el espirituoso de la leyenda, hasta se ha diluído en pintorescas páginas

[1] *La historia como hazaña de la libertad*. Ed. del Fondo de Cultura Económica, México, 1942, p. 239.

[2] *Corona de sombra*, de RODOLFO USIGLI.

[3] MARÍA TERESA MONTOYA.

de biografía novelada o en cómicas escenas de comedias y películas propias para niños, adolescentes y adultos, pero analfabetos.

Razón o pretexto de controversia como toda figura ligada con la historia, dentro de lo que imponen las diferencias ideológicas —por esta vez más sentimentales o convenencieras que ideológicas las diferencias—, Carlota es motivo de una bibliografía más o menos extensa que coincide, en el fondo, en un curioso espíritu de retardada simpatía, de defensa y hasta de justificación; que pasa por alto su aspecto personal y resume el político, uno y otro serie de impulsos fallidos y afanes sin logro, en dos palabras: ambición, engaño. Palabras que se aplican según la tendencia de quien las emplea, pero sin referencia, en ningún caso, a los antecedentes legítimos o no de la ambición, del engaño, del porqué del engaño, de la caída en el engaño o de su aceptación, por lo que historia y biografía con sus inherentes especulaciones se reducen, con especialidad salvo alguna excepción,[4] en cuanto atañe al capítulo de nuestro Segundo Imperio, a un registro de consignas de partidarismo. O una nota social con descripción de joyas y vestidos.

Además, soslayadas las causas de acciones y reacciones con mentira constante y cultivada con esmero en sus cartas y documentos más o menos privados, se ha impedido con toda eficacia el estudio franco, abierto, de los factores y elementos tan negativos y dramáticos que determinan la vida de Carlota.

No queda sino hurgar en lo escrito y hacer lógica deducción de cuanto en ello queda implícito para lograr, siquiera, un atisbo del motor psicológico, y con él un intento de interpretación del sentir y el pensar en esta vida ilusa.

Vistos y revisados testimonios y datos se llega a conclusiones que se concretan también en —otras— dos palabras: resentimiento, frustración.

Resentimiento y frustración de orden interno recluyen a Carlota desde niña, y para siempre, en un círculo tan estrecho —hierro y

[4] *La vie tragique de l'Impératrice Charlotte*, de ARMAND PRAVIEL. Ed. de la Nouvelle Revue Critique, Paris, 1930.

hielo— al que sólo penetran, igual que maldiciones vivas, los factores externos que intensificarán aquéllos.

En campo tan propicio se incuba espontáneo, cobra vida y va desarrollándose parejo con los años, ese desequilibrio que, sumado a las circunstancias impuestas desde fuera, entorpece el desenvolvimiento normal de su existencia, degenera y ahoga todo intento de ejercitar funciones y facultades tanto espirituales como fisiológicas y que habrá de encerrarla en la escafandra de soberbia y orgullo desde la que repele toda posible simpatía, para estallar, al fin, humillada por la perfidia de Napoleón III y escarnecida por la mezquindad de la Montijo, en su única verdad: penetrar para el resto de su vida ¡todavía tan largo. . . ! en las tinieblas de la desolación y la locura.

Como en funesto acuerdo, un rechazo afectivo, una educación absurda y muchas imposiciones cortesanas, todavía más absurdas, frustraron a la niña.

La más árida ausencia de amor y comprensión frustró implacable a la mujer.

De tales frustraciones surgió el resentimiento, más hondo y más torvo por silente y oculto.

De este resentimiento fueron hijos el engaño y la farsa.

Hasta los más nobles, más altos sentimientos, como religiosidad y amor, se convirtieron en actitud o en arma.

Así, con toda la amargura de la desesperanza —psiquis atormentada—, la mujer abdicó de sí misma para dejar entronizadas a una virreina o una emperatriz.

Pero tampoco virreina ni emperatriz tuvieron vida, propiamente vida, en Carlota.

Fue la suya una ardua representación, una preocupada apariencia de vida, y de vida feliz.

¡Qué adverso sino! Lo mismo —y por lo mismo— que Carlota mujer, Carlota Virreina del Lombardovéneto y Carlota Emperatriz de México, no fue más que doliente y resentida frustración.

Infanta sin infancia

En los viejos cuentos, algunos lindos de verdad, siempre se requería, para el nacimiento de los príncipes, y no se diga de las princesas, el más bello de los escenarios, las presencias más gratas y los afectos más nobles.

Desde luego un hermoso palacio con grandes ventanales, una mañana fragante de pastos y de flores, árboles inmensos cuyas frondas opulentas, pobladas de trinos y aleteos y bañadas de sol, acariciaban los cristales de la cámara que se iluminaba con la sonrisa de la recién nacida igual que con el sol. Eran también indispensables todas las campanas del reino en glorioso repique y, sobre todo, la presencia reidora y luminosa de las hadas madrinas. Las más hermosas y pródigas de las hadas llegando desde muy lueñes tierras, en carros de nubes, a derramar sobre la nueva cuna, el tesoro inacabable de sus dones y sus más caras profecías.

En armoniosa ronda —floración de colores y de ritmos— iban pronunciando musicalmente sus buenos deseos:

—Serás hermosa...

—Serás bien amada por cuantos te conozcan...

—Serás desposada por el más gallardo, más audaz y más viril de los príncipes...

—Tendrás muchos hijos...

—Y serás muy feliz...

Finalmente, se hacía mención del infinito júbilo paterno por el advenimiento de la princesita, futura y venturosa reina de los dominios que le heredarían.

En otros cuentos, sórdidos y tristes, los príncipes y las princesas siempre nacían de noche, y en noche lóbrega de tempestad.

Los rayos desgajaban las ramas de los árboles escuetos y los murciélagos revoloteaban espantados.

La lluvia y el viento golpeaban las puertas haciéndolas crujir y una campana rota parecía volteada por manos de fantasmas en sonar medroso.

Naturalmente que al viejo palacio, ruinoso y sombrío, no llegaban las hadas.

Solían llegar, en cambio, las horrible brujas cabalgando escobas y aullando como perras.

Algunas se colaban por la chimenea sin lumbre y otras por el ventanuco guarnecido de grises telarañas.

Mientras los reyes y la nodriza se quedaban dormidos, las brujas brincaban en torno a la cuna, proferían sus conjuros y arrojaban grotescas figurillas de trapo y alfileres que atormentaban al pequeño hasta hacerlo llorar sus primeras e inconsolables lágrimas.

Hasta aquí los cuentos.

Ahora la historia, y lástima que la historia de este nacimiento que tiene de unos y otros cuentos, tenga menos de los felices de las hadas y más de los malditos de las brujas.

El palacio de Laeken destaca la nobleza de sus líneas y el pulimento de sus piedras entre el verdor de las más bellas alamedas en tierras del Brabante.

Bellas y buenas tierras que fecundan las corrientes de tres ríos que han atestiguado muchos episodios de la historia de Europa: el Escalda, el Dyle, el Sena.

En el palacio viven el rey Leopoldo I de Bélgica y su segunda esposa, la reina Luisa María de Orleans.

Es este uno de tantos matrimonios concertados y hechos por los convencionalismos de la política internacional, que sobrelleva, diplomáticamente, la natural desavenencia de un casi sesentón y una muchacha de veintidós años.

Es la noche del 7 al 8 de junio de 1840.

En el Palacio de Laeken, todo movimiento y todo trajinar, el matrimonio real espera el nacimiento de un nuevo heredero.

Leopoldo I quiere, necesita que nazca un hombre, para sellar el trato que inició su matrimonio con Luisa María en los proyectos de Inglaterra.

Ya tiene dos hijos varones, el Duque de Brabante y el Conde de Flandes, pero para afirmar su dinastía y para que Inglaterra formule y manifieste sus nuevos proyectos, Leopoldo I, rey de Bélgica y *aspirante a todos los tronos de Europa,* como tanto se ufana en llamarse y ser llamado, urge, precisa, casi ordena el advenimiento de otro príncipe.

La reina sufre las angustias del parto y la angustia, mayor, de no poder cumplir a voluntad los designios de su esposo.

La corte y todo el pueblo también esperan impacientes.

Pasan las horas y el rey, violento, ya desespera en la antecámara.

Por fin, un vagido —¿de hombre. . . ? ¿de mujer. . . ?— anuncia la nueva y augusta presencia.

¡Qué momentos más largos. . . ! ¿Por qué no corren a avisarle?

Pero aquí está ya una dama de la reina y ceremoniosa dice al rey: —Su Majestad puede pasar. Su Majestad la reina y Su Alteza Real, la princesa, esperan la visita de Su Majestad.

El viejo rey, furioso, se va maldiciendo a sus habitaciones.

La reina y la princesa quedan esperando su visita.

Al amparo de la ternura maternal —ternura adolorida e impotente— se inicia la vida de la niña.

Recibe las aguas bautismales y con las aguas los nombres de María, Carlota, Amalia, Victoria, Clementina, Leopoldina.

La decepción del rey perdura y se manifiesta en el más franco rechazo que causa el trauma lógico en la pobre pequeña.

Subconsciente al principio y más tarde avisado por la intuición, por esa sensibilidad tan aguda de los niños, el sentimiento hostil del padre descargó en el espíritu de la hija el zarpazo indeleble de su primera frustración.

Las enfermedades, aliadas negativas y eficaces, hicieron acto de presencia.

Infanta sin infancia

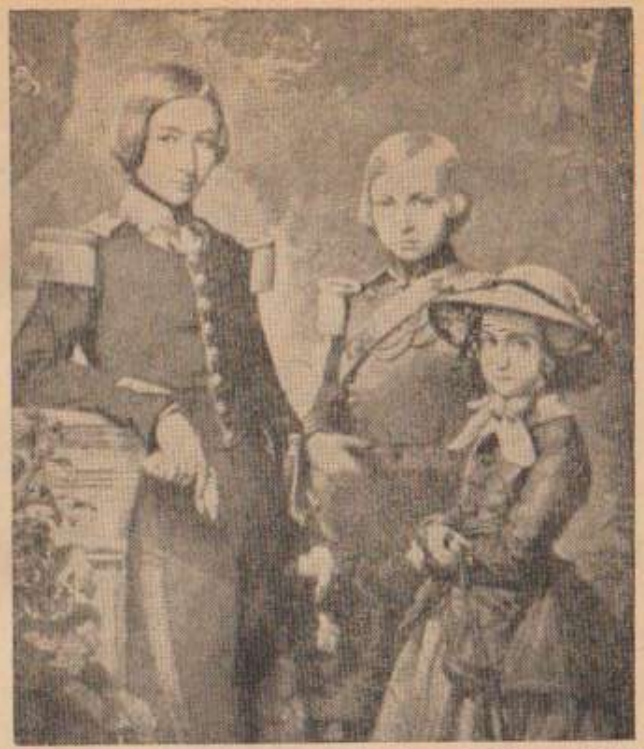
La tosferina, fuerte y prolongada, con su terrible derivado, el insomnio, atormentó a la niña hasta el agobio.

Un padecimiento gástrico vino a hacer suma de dolencias físicas.

Contradiciendo incontestable a la mano aduladora que en una miniatura la embelleció con despilfarro, una fotografía —implacable— muestra claramente que fue una niña fea.

Con tales agravantes, ni el humor ni el gesto de Carlota podían ser amables. Un semblante arisco le resta todo posible atractivo.

Por su parte, la gracia no podía emparejar con ese gesto, y alguna vez, después de la lección de baile, la princesa pudo escuchar el



El Duque Brabante, el Conde de Flandes y la Princesa Carlota

comentario sobre su falta de disposición, tan en contraste con la belleza y las facultades de sus dos hermanos.

Las alamedas de Laeken comienzan entonces a ser el refugio aislado de Carlota, evadiendo ayas y nodrizas.

Tal vez en esas primeras escapadas, antes de que los años y los hechos cegaran para siempre las fuentes de sus verdaderos sentimientos, cerca de algún árbol amigo y a su sombra pudo llorar, alguna vez siquiera, lágrimas infantiles, todavía limpias de resentimiento.

Un hecho extraordinario determina y solemniza su cuarto aniversario: el rey, su padre, en alarde de magnanimidad accede a recibirla oficialmente y a comer con ella.

Desde ese día le otorga —sigue la magnanimidad— si no cariño franco, sí aceptación protocolaria.

¡Pobre niña. . . ! —clama la reina conmovida— y en verdad, ¡pobre niña!

Aprovechando sus cualidades de talento y seriedad, Carlota es iniciada por su madre en el aprendizaje de la pintura, la música y las lenguas.

Unas y otras se alternan, con especial empeño, con las disciplinas y prácticas religiosas.

Pero la niña ¿a qué hora juega? ¿cuáles son los juegos que revelan sus impulsos naturales y su proceso evolutivo?

Nada. Ni una palabra sobre factores tan significativos en la vida infantil.

Por el contrario, la misma reina proclama con torpe ufanía cómo se porta siempre su princesa: *igual que una persona grande*, y cómo, en la iglesia, *ha leído su Oficio de Semana Santa con una sangre fría imperturbable.*

A los ocho años Carlota queda huérfana de madre.

Pero como ya sabe mostrarse imperturbable y tener sangre fría, cómo tiene —o aparenta— imperturbabilidad y sangre fría en el trance. Al mismo tiempo que a su madre, ha enterrado su infancia asesinada.

La orfandad le reserva la herencia política de asistir a consejos y demás actividades de corte, y la herencia doméstica de gobernar su casa que para colmo es casa real.

Mujer prematura con responsabilidades y problemas de tan diversos órdenes, se habilita a sí misma de autoridad y de dominio.

Sus disciplinas intelectuales que están en consonancia con su edad improvisada y con su rango, le imponen lectura y meditación de arduos filósofos y teólogos: San Alfonso María de Ligorio y Santo Tomás de Aquino.

¡Pobre niña. . . ! A los trece, catorce o quince años y sin la indispensable preparación académica ¿le será dable leer de veras —y no digamos tratar de comprender sin riesgos mentales— libros de

la categoría y profundidad de las *Obras ascéticas* y la *Teología Moral*, o de la *Summa*?

Lo cierto es que el rechazo paterno, enfermedades, ausencia de gracias, orfandad y herencias derivadas, estudios y lecturas y sobre todo, una absoluta y colectiva incomprensión, han logrado frustrar en ella, definitivamente, ideas y sentimientos párvulos.

Desterrada del mundo luminoso, infinito y personalísimo de los niños —mundo del más transparente surrealismo—, Carlota se construye con niebla y humo un sórdido gabinete de sueños y en él se encierra, se amuralla, sin dejar en revancha penetrar a nadie.

A nadie, y menos que a nadie al rayo de sol de la sinceridad.

A nadie, excepto a su sistema enfermizo de actitudes, de sueños e ilusiones obsesivos.

De toda la pedagogía que le fue impuesta y del egocentrismo natural en los niños pero en Carlota cultivado hasta hacerlo insólito, así como de lo que ella misma ha fraguado en su impenetrable laboratorio de sueños, le han quedado un saber y un afán.

Un saber absoluto indiscutible: ella nació para ser reina. Ella es reina en potencia.

Y el afán de dominio.

Unificados el saber y el afán forjan un sueño y el sueño sustituye, se sobrepone a la vida en Carlota.

De su gabinete suele salir, o mejor dicho: descender, para ejercitar funciones de gobierno y para hacer "vida social"; funciones y vida a las que asiste como a una representación.

También sale, y esto sí con harta frecuencia y con auténtico entusiasmo, a montar los mejores, los más briosos caballos de las cuadras reales.

La introversa princesa es amazona consumada que gusta de correr, correr. . . casi volar de cara a la distancia y desafiando al viento.

La ronda y los piteros

Se escribe la historia de lo positivo y no la de lo negativo, acerca de lo que hace el hombre y no de lo que padece. Lo negativo está ciertamente en correlación con lo positivo, pero precisamente por esto no entra en el cuadro más que en esta correlación y con el papel que desempeña.

BENEDETTO CROCE [1]

CON GARBO, SEGURA DE SÍ MISMA y de ir hacia el cumplimiento de un magno destino, la niña fea, transformada en atractiva joven promisora de hermosa mujer, cruza los umbrales de la adolescencia y abre el capítulo de la juventud.

Lástima que en el caso de Carlota, en el inicio de esta etapa, lejos de consignar "años azules y risueños" en obligada frase de oratoria quinceañera, se hace fuerza sumar a lo apuntado en anteriores páginas —factores múltiples y negativos que entorpecieron hasta malograr su infancia— el peor de todos; el definitivo y de mayor trascendencia en el fracaso de su vida: el matrimonio.

Cuando la familia de Maximiliano se presentó en demanda de la mano de Carlota, la princesa ya había rechazado las pretensiones similares de un príncipe de Sajonia y de un rey de Portugal. A éste, influída por su institutriz, llegó a considerarlo un orangután.

[1] Obra citada, p. 181.

¿Fueron sus negativas motivadas por verdadero desagrado hacia los pretendientes?

¿Por altivez?

¿Por cálculo, por sumisión al consejo de convivencias familiares y políticas o bien, sencilla, humanamente —¿por qué no alguna vez?— porque el impulso natural de todas las mujeres, princesas o no, la tenía en aguardo de un hombre, del hombre a quien amar y por quien ser amada?

La verdad, como siempre en su caso, se nos escamotea entre lo melodramático de sus frases y de sus actitudes, pero el hecho es, al parecer al menos, que sí se prendó de Fernando José Maximiliano, quien le fue *señalado por el dedo de Dios,* según afirma con esa ligereza tan frecuente de que se vale para achacar a Dios sus yerros, porque lo encontró hermoso con su blonda barba y sus ojos azules y en fin, porque las historias que de él se rumoraban fueron recio incentivo de interés personal: sus viajes, la aureola de revolucionario que le puso su presencia en un motín y el idilio que interrumpió la muerte de la linda princesa María Amelia Augusta Eugenia de Portugal.

Con el consabido cuchareteo de propios y de extraños en eso de los noviazgos entre familiares de reyes, se inició el que pintan de veras idílico los cronistas de sociales de su tiempo, y dejan ver muy negociado, muy hábilmente negociado, algunos testimonios oficiales e indiscretos como la carta de Leopoldo I para Maximiliano[3] de que copiamos el más significativo de los párrafos; verdadero primor de diplomacia y arranque inusitado de amor paterno. Hasta como a *su hijita* y *su pequeña* se refiere a Carlota:

Mi querido y agraciado señor me juzga —creo— un extraordinario diplomático que no da un solo paso sin fines políticos. No es así, de ninguna manera, y en mayo conquistasteis sin designio político alguno, toda mi confianza y mi buena voluntad.

He notado muy claramente que mi hijita comparte estos afectos no obstante que cumplí con mi deber procediendo con toda precaución.

[3] Del 31 de octubre de 1856.

Entre tanto, puedo anunciaros que mi pequeña consiente en el matrimonio, que ella os prefiere a todos los otros pretendientes que le han sido propuestos y que yo apruebo con placer su elección.

Así se preludia una opereta sin vals, pero con marcha fúnebre.

Así se juntan —como dice pícaro y exacto el castizo refrán— la ronda y los piteros.

Ahora se impone, para hacer la obligada y cumplida presentación del novio, dividir la página en dos columnas y escribir, en cada una, cada una de las dos versiones que hay sobre su origen.

Debe anotarse que ambas versiones son posibles; tan posible una como la otra, y que ambas son incomprobables. Nada hay que pueda demostrar la autenticidad de uno u otro hecho histórico; ambos inciertos antecedentes de un mismo y cierto consecuente.

La primera versión puede llamarse *lo oficial* y queda muy dentro de la historia.

La segunda se puede titular lo extraoficial, queda muy dentro de la historia y del romanticismo de algunas historias:

Fernando José Maximiliano de Hasburgo fue hijo segundo del matrimonio de los Archiduques Francisco Carlos y Sofía.

Fernando José Maximilano de Habsburgo fue hijo de la Archiduquesa Sofía, pero no del Archiduque Francisco Carlos, sino de Francisco Napoleón, Rey de Roma.

Una vez en retorno al ordinario formato tipográfico hay que registrar un dato, éste sí comprobado y en el que coinciden plenamente ambas versiones: Fernando José Maximiliano de Habsburgo nació el 6 de julio de 1832.

Si optamos por la primera de las dos versiones, tan inexplicable resulta el odio persistente y manifiesto del Emperador de Austria, Francisco José, para su hermano segundón y posible heredero, como el hecho de que Maximiliano haya sido enterrado en sarcófago inmediato al del Duque de Reichstadt, en la Cripta de la Iglesia de los Capuchinos, en Viena.

Si por el contrario, aceptamos la segunda, tan explicable resulta el aborrecimiento de Francisco José, Emperador de Austria, para

el bastardo y hasta posible usurpador Maximiliano, como que éste duerma el sueño eterno enterrado en la Cripta de la Iglesia de los Capuchinos, en Viena, junto a la tumba que dice en su lápida:

Francisco Napoleón,
Duque de Reichstadt,
Hijo de Napoleón
Emperador de los franceses,
y de María Luisa.

De cualquier manera, la animadversión de Francisco José para su hermano, legítimo o bastardo, es una mala verdad que provoca y determina nuevas negaciones en su ya enfermiza personalidad.

Un notorio afán de nulificar a Maximiliano, de borrarlo, comienza por encerrar su infancia en una jaula de silencio.

Apenas, con sabor a leyenda se deja saber que monta muy bien a caballo, que sueña con hacer y hace viajes por mares y países remotos, que es gran aficionado a cazar y coleccionar mariposas y muy joven comienza a escribir versos.

También se dice, y esto sí con alguna insistencia, cuánto gusta de vestir y presentarse de uniforme blanco, como el uniforme del Duque de Reichstadt.

Se deja ver, sentir, con todo su peso la tutela humillante que Francisco José impone al Archiduque y el deseo de alejarlo de Viena y de la corte, hasta que lo manda como viajero distinguido, igual que ahora se dice de aquellos a quienes se echa de su patria, porque estorban, al desempeño de honrosas comisiones.

A bordo de *La Novara* —terco nombre naviero que lo ha de perseguir— y bajo la vigilancia de un mentor, emprende un viaje que lo deslumbra de horizontes y soles.

Admira los paisajes y los colores más diversos que le brindan como un caleidoscopio Venecia, Trieste, Mesina, Nápoles, Elba, Gibraltar, Portugal, Marruecos, Argel, Grecia, la Dalmacia, como entrenamiento para un buen aficionado a la navegación al que se galardona con el nombramiento de *Almirante y Comandante*

en Jefe de la Marina Militar de Austria para lanzarlo a un nuevo viaje, ahora más largo en tiempo y a mayor distancia: Oriente, Tierra Santa, Egipto. . .

Honrosamente desterrado, sus comisiones se reducen a viajes de placer, y esto del placer lo toma en serio el Archiduque, que al placer se entrega incontenible.

Mujeres y vinos de cada región le brindan embriagueces que logran consolarlo de su precaria situación familiar y le regalan, sin roñoserías, virus y lacras incurables.

Los excesos y las deficiencias de la medicina y de la higiene de su tiempo afirman y definen al esquizoide que ya se perfilaba por herencia. Herencias trágicas de los Habsburgos cuya neurosis culminará en Mayerling con el suicidio del infeliz Rodolfo, o linfática herencia del pobre *Aguilucho* que nació tan enclenque y con las alas rotas.

Al regresar Maximiliano a Europa todo en él es añoranza de los mares surcados y de las tierras recorridas.

Sus más fijos recuerdos son de Egipto y Marruecos. Egipto por su arqueología y su Nilo. De Marruecos, Tánger por el exotismo y el hechizo de las noches orgiásticas en que hizo arder y dejó consumir su atolondrada juventud.

Su familia entre tanto —amorosa o interesada— ya se ha ocupado de su matrimonio. Para cumplir los protocolos que se imponen va a Bruselas para presentarse a la incógnita pretendida.

Carlota desde luego, lo acepta impresionada por su apostura, por las historias y los viajes del Archiduque, viendo en él al hombre que Dios le destina y le señala, según ha escrito entusiasmada.

No parece muy compartido el entusiasmo por el prometido que regresa a Viena y se encierra en la biblioteca de palacio para estudiar y meditar los ensayos de Lionardo da Vinci sobre el vuelo del hombre.

Se ilusiona y se abstrae pensando dar cima a los proyectos del genial florentino.

Mientras Carlota ya espera con ilusión el desposorio, Maximiliano se interesa por la navegación aérea.

Tal vez —piensa— perfeccionando estos mecanismos que diseñó Lionardo, yo logre que los hombres vuelen lo mismo que las aves.

Sueña en volar, contempla el cielo y hace versos.

Fraternalmente ya se piensa en sacarlo nuevamente de su casa y de Viena. En cuanto esté casado irá a hacerse cargo del Virreinato Lombardoveneciano.

Para Carlota esta designación es tan importante o más que el matrimonio.

El virreinato es su primer paso firme en el terreno de la soberanía que —según ella— le ha impuesto el destino, y al respecto escribe con arrebato heroico:

Esta perspectiva me ilusiona no obstante que se trata de una misión difícil, casi un apostolado que debemos realizar. Ya siento las espinas, pero veo también grandes compensaciones y muchas cosas buenas por hacer.

Ya siente —dice— las espinas del martirio y con ello es feliz.

Será virreina luego de ser esposa del Archiduque y quién sabe... tal vez... —piensa— Maximiliano pueda llegar a ser un día u otro y por circunstancias imprevistas el Emperador de Austria sucediendo en el trono a su hermano Francisco José...

Además el Archiduque la hará madre de un príncipe heredero, y de otros muchos príncipes que serán conquistadores de grandes imperios. Los más grandes y más poderosos imperios de la tierra estarán en sus manos y en las de sus hijos.

El virreinato Lombardoveneciano será su campo de entrenamiento para gobernar pueblos, redimirlos y engrandecerlos a pesar de "las espinas". Hay que estudiar la historia y el idioma de esta nueva y muy amada patria.

Pero también debe prepararse para el matrimonio y a la preparación se aplica releyendo la *Teología moral* de San Alfonso María de Ligorio y, sobre todo, haciendo saber a todo el mundo su dedicación a tal lectura.

Naturalmente, el noviazgo sigue viento en popa.

Hay visitas del Archiduque a la Princesa con grandes festejos en

la corte de Bruselas. Bailes, recepciones, funciones de ópera, desayunos y comidas íntimas propicios al diálogo y a la identificación.

Para la ausencia, hay versos y cartas.

Carlota está y vive radiante. En esta temporada de veras es feliz. Tan feliz que confunde el porvenir con un castillo.

Comenta en otra carta:

...El asunto del porvenir, bien entendido, ha sido puesto en el tapete con frecuencia. El me habla de sus planes y ha sometido a mi consideración el encantador proyecto de una villa que va a construir en Miramar...

Maximiliano, desde su fuero interno, estima que el noviazgo continúa y puede continuar indefinidamente entre visitas, fiestas, cartas, versos y proyectos de construcción hasta que se percata de la realidad: el tiempo implacable sigue cercando al tiempo y llega la fecha del anunciado casamiento: 27 de julio de 1857.

Descubre que le tiene miedo al matrimonio, pero le tiene más miedo a Francisco José.

Por este miedo se lanza a la aventura como podría lanzarse en uno de esos vuelos ensoñados por Lionardo da Vinci.

El matrimonio, civil y religioso, se celebra con derroche de lujo y esplendor cortesanos en el Salón Azul y en la Capilla del Palacio Real de Bruselas.

Carlota, deslumbrante con su atuendo de novia, suntuosa y enjoyada asiste —también ahora— como a una representación, pero ahora con dos diversos caracteres: actriz y espectadora.

Las ceremonias y las celebraciones del matrimonio fueron realizadas maravillosamente, pero aquí caben la requisitoria inexorable para Maximiliano y la pregunta crucial para el destino de la desposada; pregunta lacerante y que se queda sin respuesta.

¿Fue la encarnación del sueño de Carlota; varón dotado en plenitud de sus naturales atributos y en ejercicio de ellos o se redujo a un fantasma del sueño?

¿Aportó al matrimonio la debida presencia viril para cumplir los

deberes que le impuso el sacramento, o sólo llegó el angustioso desecho de los burdeles tanjerinos?

•

Después de la boda los ímpetus epistolares de la Archiduquesa entran en receso o quedan en sordina.

Las crónicas se refieren extasiadas a las ceremonias y festejos; a los preparativos del viaje y al viaje mismo hacia Milán.

Luego cuentan pormenorizadamente las sorpresas e impresiones del viaje, y sobre todo cómo la recepción "tan espontánea y entusiasta" del pueblo que se echó a la calle, incontenible, con vítores y flores para los representantes del aborrecido dominio de Austria la conmueven y la hacen feliz.

(Por cierto que esto de la recepción en Milán se nos hace lección objetiva y no debemos desaprovecharla: en todas partes y en todos los tiempos las manifestaciones espontáneas y entusiastas del pueblo "incontenible" tienen más o menos la misma tramoya. Hoy son labor democrática, meritoria y desinteresada de los líderes trabajadores (?), especialmente burocráticos, con su cláusula de exclusión y amenaza de cese. Ayer, como en el caso de Milán, por ejemplo, son de la policía —cuyo prefecto era austríaco— con invitaciones contundentes: asistencia o prisión).

Instalada en Milán, ceñida la corona y puesto el manto, recobrados sus impulsos para escribir y mandar cartas, sobre sus múltiples actividades oficiales consigna la Virreina:

. . .es una gracia especial que debo a Dios —otra vez Dios— . . . *pero lo cierto es que las recepciones me distraen. Las reuniones y los banquetes me divierten sin abrumarme nunca,* . . . considerando, o simulándolo, que asistir a recepciones y banquetes significa gobernar.

Maximiliano ya se ha excusado de asistir en varias ocasiones, pero Carlota lo ha hecho en su representación.

Las alhajas y la ropa de la virreina tienen boquiabierto a todo el virreinato.

En Venecia alcanza un apoteosis desfilando, esta vez sí junto a su marido, altiva, elegante y constelada de pedrería, a la cabeza de la procesión de Pascua.

Sus sedas y sus joyas se disputan las miradas y la admiración del pueblo.

El pueblo humillado y oprimido por Austria mira, admira y afila sus rencores.

Por la noche, cuando toda Venecia duerme, hasta los aposentos virreinales llega escapada de rauda góndola que se pierde en los canales tenebrosos, una copla injuriosa y desafiante.

Los acontecimientos y las emociones obligan al Archiduque a buscar un refugio pacífico y el Palacio de Monza se lo brinda ejemplar.

La vida en Monza es tranquila, muy tranquila, pero tánto que su exceso —ahora ya se percibe una queja en las cartas de Carlota— acaba con la poca intimidad que apuntalaba su relativa convivencia.

La situación política, difícil y violenta, impone a los virreyes el retorno a Milán y ahí tienen que desplegar sus cualidades diplomáticas y a ello se aplican con ahínco, sobre todo Carlota, pero en vano.

Todos los sectores sociales se muestran agresivos.

De nada valen las medidas de salvamento ni los donativos a los damnificados por las inundaciones que afligieron a Pavía y a Lodi.

Sus amables convites son ocasión de repetidos desaires y las lindas músicas de los festines son acalladas por el tumulto —éste sí espontáneo e incontenible— de los patriotas italianos en pie de rebelión.

A los gritos exaltados del motín siguen las palabras tan serenas y conminatorias del Presidente Popular Encargado del Gobierno de Venecia, Daniel Manin, en respuesta a las proposiciones conciliatorias de los invasores:

No pedimos que Austria se humanice. Pedimos que se vaya.

Y Austria tiene que irse. Es decir, tienen que irse, casi tienen que huír los virreyes, despojados por Francisco José de toda autoridad.

Ha estallado la guerra, y a las injurias, a las pedradas y los cristales rotos han seguido los cañoneos de Magenta y Solferino.

Carlota despierta de tan humillante, tan espantosa pesadilla con el mal sabor que le produce saber que su amigo, su gran amigo Napoleón III brindó franco apoyo a la causa italiana en contra de ella, precisamente en contra de ella... bueno, y contra el Archiduque.

¡El Archiduque...! ¡Su esposo, su apoyo...!

Qué fácilmente se ha conformado Maximiliano con los acontecimientos y cómo parece alegrarse con su nueva existencia tan plácida y tan blanda en Miramar.

¡Miramar...! El castillo maldito, cuyos planos aprobó Carlota entusiasmada en sus felices días de novia homenajeada, se ha vuelto la más odiosa de las jaulas para la soberana destronada y la esposa incomprendida, pese a la belleza de sus marinas perspectivas, a lo amable de sus parques sombreados de palmeras y fragantes de magnolieros y naranjos.

Fiera enjaulada y fustigada por la humillación, por el deseo y por el resentimiento, un día no puede ya fingir conformidad y mucho menos amor —este fingimiento escapa a su práctica y a su control— y en el más frío de los silencios, en la más cortante de las altiveces, en privado muestra su desprecio al fantasma que turbó su juventud, que despertó su corazón y su libido para frustrar a la mujer, a la esposa, a la madre, y no supo, siquiera, asegurarle el solio en que la había instalado su regio destino.

Tan deplorables deducciones adquieren un principio de confirmación en la actitud de Maximiliano ante la crisis de Carlota: en vez de enfrentarla y buscar una reconciliación, se aleja definitivamente de ella y le veda el paso a su departamento.

No pueden ser —se concluye— otras las causas de su repugnancia, pronto ya ostensible, por compartir alcoba y lecho conyugales con su mujer, al fin y al cabo una hermosa mujer.

Por descontado, como buenos príncipes, guardan con celo ejemplar las apariencias.

En público son un matrimonio enamorado, todo atenciones y delicadezas.

Hasta un viaje como de novios se organiza, y lo emprenden para

evitar sospechas y comentarios, pero a medio camino, so capa de salud quebrantada, Carlota desembarca y él continúa solo y tranquilo hasta las costas del Brasil. En tan bellas tierras olvida penas y desavenencias, encantado con su fabulosa colección de mariposas cazadas o adquiridas.

La cuitada princesa, de vuelta a Miramar, restaura su hermético gabinete de sueños y dispone, con singular habilidad, la representación de una nueva farsa. Vale que para eso está bien entrenada desde niña.

Nadie, absolutamente nadie conoce el secreto de su fracaso matrimonial y nadie debe conocerlo.

Ella es, en realidad, la más ofendida y humillada de todas las mujeres, pero ninguno lo sabrá.

El mundo entero debe tenerla y la tendrá por la más feliz de todas las princesas. De esto tiene que convencer a todos. A todos y a ella misma.

Dicen los especialistas que esto del autoconvencimiento es posible y efectivo, pero en tan absurda compensación, propia de los sujetos del tipo psicopático de Carlota, muy en el fondo, muy en la verdad, lejos de *su* verdad, cuánto debe dolerse alguna vez la mujer, más que la princesa, de no poder llorar su desventura sobre el refugio íntimo y sincero de un corazón amigo.

¡Pena mayor la de la pena muda...!

que dice el poeta.[3]

Feliz con su tesoro entomológico regresa Maximiliano a Miramar.

En tácito acuerdo, el matrimonio de príncipes sin oficio ni beneficio, vive o arrastra la vida convencional y falsa de un idilio romántico, apasionado e inacabable frente al mar azul y acariciado por las brisas adriáticas. Vida deliciosa para la pereza espiritual y el infantilismo emocional de Max; de infierno *a puerta abierta*, pasividad y aburrimiento para Carla.

[3] Jaime Torres Bodet.

Max y Carla suelen llamarse muy amorosamente cuando tienen espectadores.

El encanto misterioso de un nombre geográfico; nombre esdrújulo y musical, México, suena un día como clarinada de oro en los oídos de la Archiduquesa.

¡México. . . ! ¡Y el trono de México. . . ! Otra vez se desatan y desbordan sus sueños:

Ahora no se trata de un pobre virreinato sino de un imperio. Un gran imperio sin tutelas austríacas. ¡Un imperio suyo como lo fue de Moctezuma y Cuauhtémoc!

País de fábula y leyenda que abre sus puertas al Atlántico lo mismo que al Pacífico, cuya historia está escrita en las piedras de teocalis y pirámides que ensangrentaron sacrificios humanos y guerras floridas, o en las de templos y palacios cristianos que construyó la conquista española.

Pueblo más indio que mestizo al que urge redimir de su anarquía interior, de la garra voraz y protestante del Norte y al que es indispensable incorporar a la civilización latina y europea.

¡Qué magnífica empresa le brinda el destino! ¡Ella será la heroína invencible, la amazona cruzada de esta gesta gloriosa!

Carlota ya se sueña, ya se siente la heredera de Hernán Cortés para emprender esta conquista. Y la conquista es un deber ineludible que tiene que cumplir.

Felizmente, al respecto ya ha declarado su gran amigo Napoleón III:

En el estado actual de la civilización del mundo, la propiedad de América no es indiferente a Europa, pues ella es la que alimenta nuestras fábricas y hace vivir nuestro comercio.

Carlota se ilusiona y da por hecho que esto quiere decir, entre líneas por supuesto, que Napoleón apoyará y financiará la empresa.

Sobre este nuevo sueño ya tenemos aquí la consabida carta:

. . .nada se hace que no sea por las manos de la Providencia, y se ha mostrado tan visiblemente en diversas ocasiones, que negarse a reconocerlo sería recusar el testimonio de la conciencia. Habiéndola reconocido, es preciso seguirla pero sin apartarse del camino

abierto por la prudencia humana, que son los de que Dios desea que nos sirvamos para realizar hasta los grandes acontecimientos por los medios ordinarios señalados a todo espíritu justo. . .

. . . ¿Es que estamos en este mundo solamente para gozar días de seda y oro? ¿Y si tenemos la vocación de conformarnos con lo que Dios pide de nosotros?

Por lo visto, tiene a Dios por un agente de colocaciones imperiales puesto a su servicio. Ella se aviene a ser el instrumento de Su voluntad.

Bien, pero ¿y Max?

¿Aceptará Max el trono y la corona de un país que —le aseguran— ya lo ama y lo aclama?

Max tiene que aceptar. Max aceptará, determina Carlota.

Al palenque de esta pantomima saltan de pronto diversas marionetas y diversos nombres: Napoleón, Eugenia, el Conde de Rechber-Rotenlöwen, Francisco José, el Duque de Bravante y los más connotados imperialistas mexicanos José Manuel Hidalgo y Esnaurrízar, Juan N. Almonte y José María Gutiérrez Estrada; aquéllos y éstos danzando con música de fondo a cargo de la Junta de Notables.

Estos notables de verdad como estadistas por autonombramiento y más notables todavía, notabilísimos, como ilusos por generosa designación histórica, redactaron un informe cuya esencia —imponderable. . .— se destila y se aquilata químicamente pura en las siguientes conclusiones:

1a. *La Nación Mexicana adopta por forma de gobierno la monarquía moderada hereditaria, con un príncipe católico.*
2a. *El soberano tomará el título de Emperador de México.*
3a. *La corona imperial de México se ofrece a S.A.I. y R. el Príncipe Fernando Maximiliano, Archiduque de Austria, para sí y sus descendientes.*
4a. *En el caso de que por circunstancias imposibles de prever, el Archiduque Fernando Maximiliano no llegase a tomar posesión del trono que se le ofrece, la Nación Mexicana se*

remite a la benevolencia de S. M. Napoleón III, Emperador de los Franceses, para que le indique otro príncipe católico.

Maravilloso: ¡monarquía hereditaria para Maximiliano y sus descendientes!, y formidable: ¡se remite a la benevolencia de S. M. Napoleón III para que le indique otro príncipe. . . !

Verdaderamente, ha crecido la ronda y se han multiplicado los piteros.

De aristocracia y sociedad

La historia tiene en la poesía —escribe Jacob Burkhart— *una de sus fuentes más importantes y una de las más puras y hermosas.*[1]

La historia de México, paradigma ilustre de tan bello postulado en muchas de sus páginas lumínicas; río de grandeza homérica que se vuelca en el mar de sus gestas gloriosas, en el capítulo del Segundo Imperio, estuvo en peligro de no ser historia y de reducirse a escurrajas de historia que nada tendrían que ver con la poesía.

A la situación económica desesperada y a los recursos también desesperados de los gobiernos y desgobiernos del país —Protocolo Ocampo-Lerdo de Tejada-Churchwell; Tratado MacLane-Ocampo—, los imperialistas sin partido constituido y sin unidad de verdadera ideología, determinaron oponer, como remedio heroico, a cada mal un peor, y un peor total, concreto, en un imperio prendido con alfileres, hijo y copia del de Francia.

A estos imperialistas, con excepción de Gutiérrez Estrada, tan bien intencionado a pesar de su miopía política y de sus desenfrenados ímpetus oratorios, no les importaban, en realidad, ni el país ni el pueblo.

México era un pretexto.

Sus imperialismos eran ambiciones.

Ambiciones económicas del acomplejado Almonte y ambición pintoresca, decidida, gran ambición de redimir de la plebeyez y

[1] *Reflexiones sobre la historia universal;* trad. del alemán por Wenceslao Roces. Ed. del Fondo de Cultura Económica, México, 1943, p. 82.

aristocratizar a México, y así, como de paso, enseñar a vestir a las señoras y dirigir la aristocracia, de Hidalgo y Esnaurrízar.

Empleado del que él llamaba "gobierno de pelados" en la Legación de París, bien supo prevalerse de su representación oficial para intrigar, hasta lograr Intervención e Imperio.

Antecedente en línea recta de esa fauna publicista y cosija de la "alta sociedad", Hidalgo era uno de los que desayunan todos los días en algún festejo de Primera Comunión, comen en uno de bodas y cenan en otro de onomástico. Por lo menos toman café en algún velorio. Pero escribía, eso sí, cumplido, adulador y prolijo, la respectiva nota de aristocracia y sociedad.

Para presentar a tan abigarrado personaje con el merecimiento debido, es preferible, con la venia de Collinwood,[2] hacer *historia de tijeras y engrudo*, ya que este don José Manuel se pinta solo, y qué magistralmente se pinta en sus cartas y memorias.[3] Escribe definitivo, todo él mundano y refinado:

Ya verá usted lo que digo en el "Tiempo" de mi ascensión a la Torre Eiffel, y de la Exposición. A pesar de que no conozco ni de vista a nadie que huela a ese Gobierno de Díaz que tienen ustedes ahora, no me cuesta reconocer que el pabellón mexicano ha hecho buena figura. En casa de Concha conocí a Mininaya, que parece gustar del trato de la gente bien educada. Pero ¡qué trajes! ¡Qué sombreros! Aquí dicen que parecen salvajes y así es la verdad.[4]

Con este criterio de modista quiso hacer política internacional; la política, naturalmente, degeneró en intriga, y así salió el Imperio.

Confiesa por ejemplo:

La horrible situación interior de México, lo amenazada que quedaba su nacionalidad por el tratado de Juárez celebrado con los Estados Unidos en 1859 y la actitud de la Europa, me hicieron con-

[2] Collinwood, R. G. *Idea de la historia;* trad. del inglés por Edmundo O'Gorman y Jorge Fernández Campos. Ed. del Fondo de Cultura Económica, México, 1962, p. 295.

[3] Hidalgo y Esnaurrízar, José Manuel. *Un hombre de mundo escribe sus impresiones:* cartas comp., prol. y anot. por Sofía Verea de Bernal. Ed. de Editorial Porrúa, México, 1960.

[4] H. y E., J. M. *Obra citada*, p. 56.

siderar aquel país como perdido para siempre, y de esta triste convicción se desprendía mi propósito de no ocuparme más de los asuntos de México.[5]

Se ufana porque

Don Alejandro Mon era Embajador de España, hombre de Estado (su hermana, mujer de Pidal) asturiano, gordo y llano, de mucha malicia, con sus horas de bonachón y simpático; muy querido en Las Tullerías. Ningún monárquico mexicano tenía mejores deseos que él, pues veía un bien para España y para México y nos fue auxiliar leal y poderoso. Tenía un flaco por mí, y aun asuntos de su Embajada solía confiármelos y departíamos sobre ellos. Cuando daba comidas (era soltero) a damas en los restaurantes, yo me encargaba de todo,[6] y se extasía contando:

Yo veía a la Emperatriz [Eugenia] cuando lo necesitaba, y para lograrlo sin etiquetas ni pérdida de tiempo, me dijo que fuera sin pedir audiencia, al cuarto de la célebre Pepa (que llegó a ser su tesorera y figuraba), de donde bajaba yo por una escalerita a las habitaciones de la Emperatriz, o bien ella me hacía llamar cuando tenía algo que decirme. Al Emperador [Napoleón] solía yo encontrarlo en el aposento de la Emperatriz y discurríamos. Esto duró muchos años dos y tres veces por semana,[7] y parece que va a estallar de inflado al regustar que

El Archiduque [Maximiliano] tenía largas conversaciones a solas conmigo, y me hacía confianza sobre sus impresiones, como a antiguo amigo. Todo lo de la etiqueta y demás que no era política sino cosas de corte, lo decidía conmigo;[8] pero sobre todo aquello de que

La Archiduquesa [Carlota Amalia] siempre tiesa, severa, pero muy cortés, solía reír de esa pícara manía —moriré impenitente— que tengo de colocar anécdotas que debo a mi excelente memoria. "Vous faites rire l'Archiduchesse", me decía el Archiduque, pero no era mi intención porque jamás he hecho el bufón.[9]

[5] H. y E., J. M. *Obra citada*, p. 16.
[6] H. y E., J. M. *Obra citada*, p. 29.
[7] H. y E., J. M. *Obra citada*, p. 31.
[8] H. y E., J. M. *Obra citada*, p. 52.
[9] H. y E., J. M. *Obra citada*, p. 53.

Los comentarios posteriores de este buen señor sobre sus actuaciones dentro o ya fuera del Imperio, siguen incontenibles en sus páginas de "humorista involuntario" y a ellas remitimos al lector' tras esta histérica despedida, cuando el cortesano recibió la reglamentaria patada de su señor: *¡Así se recompensan los servicios, los sinsabores, el desinterés, la lealtad y la honradez! ¡Ya estamos lejos de tantas cobas lisonjeras como se me dijeron nada más que tres semanas antes! El lazo que se me tendió dejará manchas negras en la historia.*[10] Entretanto hay que reconocer que este meritísimo *encargado de todo* en los banquetes de un solterón para determinadas damas, gran bailador de "La panadera" en las fiestas de "Las Tullerías" y redactor connotado de "Crónicas mundanas" fue el autor o coautor principalísimo de la empresa desastrosa que acabó de enturbiar la historia de México en esa etapa ya de suyo turbia, en la que todo y todos parecieron confabularse en contra.

Entusiasta de los planes de Hidalgo tan fáciles y tan seguros al decir del mismo, desocupada y por desocupada entrometida, otra aristócrata de ringorrango, una nieta de Kirpatrick, famoso tabernero escocés establecido y próspero en Málaga, la mujer más bella de Europa por su palmito, y por su matrimonio Emperatriz de Francia, se sintió rediviva Isabel la Católica y se alistó para emprender —en las pausas que se lo permitieran fiestas y recepciones— la nueva gesta civilizadora de la América Latina y particularmente la de México.

Para tal conquista se precisaba, previamente, la de Napoleón, y en el "boudoir" de Eugenia de Montijo, discurriendo con Hidalgo, con la esperanza de cobrar deudas personales y oficiales, entre el añoro de viejas y empolvadas ilusiones políticas avivadas con las deslumbrantes promesas de su mujer y las del falderillo de su mujer, el Emperador se dejó conquistar. Hasta ofreció, engolado y fanfarrón, ya que España e Inglaterra habían desistido de la empresa, financiarla desinteresada y totalmente. Claro que con algunas pequeñas condiciones para salvaguardar las formas, pero para sus amigos, sus hermanos Max y Carla... todo y más.

[10] H. y E., J. M. *Obra citada*, p. 91.

En contraste con la voz falsa y hueca del "pequeño", la de Víctor Hugo, el gran romántico, sonó limpia y luminosa en su Proclama:

"Mexicanos: tenéis razón de creerme con vosotros. No es Francia la que os hace la guerra, es el Imperio. Estoy de veras con vosotros. Estamos en pie contra el Imperio, vosotros en vuestro lado, yo en el mío; vosotros en la patria, yo en el destierro.

Combatid, luchad, sed terribles, y si creéis que mi nombre es bueno para algo, servíos de él.

Apuntad a ese hombre en la cabeza y que la bala sea la libertad.

Valientes hombres de México, resistid, esperad.

Seáis vencedores o vencidos, Francia sigue siendo vuestra hermana; hermana en vuestra gloria como en vuestra desgracia. Yo, por mi parte, os traigo, vencedores, mi fraternidad de ciudadano; vencidos, mi fraternidad de proscripto".

Austria vio encantada, por los ojos de Francisco José, la mejor ocasión para desterrar una vez más, y ésta definitiva, a Maximiliano.

El amor fraterno, sin regateos, otorgó su licencia y plena libertad al agraciado. Hasta le propuso un *Pacto de Familia* por virtud del cual, acepto e instalado en el trono de México, se quedaba en la calle en cuanto a los dominios de su hermano.

Con la esperanza de llegar a algún arreglo, por de pronto, Max no firmó tan generoso *Pacto*.

En cuanto al Imperio Mexicano, manifestó con discreción inusitada, hay que reconocerlo, que *no podría ser establecido sino sobre la base sólida de la voluntad de la Nación, libremente expresada y ratificada por el voto de la Capital.*

Pero lástima, qué lástima que tan pronto se olvidara el Archiduque de *la voluntad de la Nación libremente expresada.*

Carlota, después de ir y venir en busca de consejos e instrucciones paternos, de un intenso intercambio de cartas, de mover cielo y tierra, infatigable en toda actividad en pro del logro de su afán, de documentarse sobre historia de México y emprender estudios de

español, ya sentía el dulce peso de su corona refulgente y el de su nuevo manto regio.

Lo del *Pacto de Familia* propuesto por Francisco José —determinó— ya se solucionaría más tarde, en una u otra forma.

En venturoso viaje, como de novios, risueños recorrieron Max y Carla diversos países para anunciar su exaltación imperial.

Se cuenta que en un alto del viaje, un zorro diplomático definió a Maximiliano en un juego de palabras:

¡Ce n'est pas un archiduc; mais une archidupe...!, lo que en buen romance, en español de España —galano y castizo— significa *un primo* y en español de México —donaire contundente— quiere decir *un menso*. O algo más sonoro.

Mientras, *la Intervención Francesa llegó inesperada, inverosímil, insensata*, como enjuicia don Justo Sierra, y fue, agrega, *un caso de psicología; no la de la lógica de los sucesos, sino de la lógica de una evolución psíquica; fue un pensamiento de la juventud de un soñador, realizado en la edad madura por un déspota,*[11] y llegó propiciada, además, por mezquindades prontas para limpiar caminos y que no se mancharan los mantos imperiales al arrastrarse por el suelo que ya se había empapado con sangre de mexicanos y franceses y hecho florecer las ortigas del odio.

Para Carlota resultaba imponente todo movimiento político de Europa. Eran como los dispositivos y la organización de un espectáculo extraordinario; algo así como una gran revista en la que hasta los emperadores eran comparsas en torno de una sola, una gran vedette capaz y pronta para deslumbrar al mundo: ella. Ella que encontraba por fin la puerta grande, la puerta dorada por donde salir airosa de la marmórea jaula de Miramar; por donde fugarse de sí misma con grandeza y por donde escapar, con dignidad, de la fiscalización de Austria, de su trato con Francisco José, de la violencia de su trato con la esposa de Francisco José y salir al encuentro del desquite —¡sobre todo el desquite!— que le ofrecía la emperatriz a la mujer.

[11] *Juárez, su obra y su tiempo*. Ed. de la U.N.A.M., México, 1956, p. 244 (Obras completas, V, XIII).

Además, llovían tronos del cielo. Durante su viaje con Maximiliano habían venido a ofrecerle el de Grecia. Pero ni hablar de Grecia cuando México ya los esperaba todo paz y armonía, amoroso e impaciente con los brazos abiertos, con todos los problemas allanados por la eficaz Intervención, con el oro corriendo como un río, con su clima y sus tierras de ensueño, con el encanto de sus pájaros pequeños como insectos, y una corte pulida, brillante y preparada.

En vano hizo viaje ex profeso hasta Miramar don Jesús Terán para disuadirlos del intento.

En vano también, la desterrada reina María Amalia, que tanto sabía de imperios y coronas, imploraba llorando con dramáticos presentimientos: *¡No vayan, pobres hijos, los asesinarán...!*

Carlota supo ensordecerse o hacerse sorda y ensordecer al Archiduque.

No tenía nada que temer. Francia los sostenía.

¿Acaso no tenía Maximiliano una carta de Napoleón III en que le prometía, paterno y protector:

Podéis estar seguro de que no os faltará mi apoyo para el cumplimiento de la misión que con tanto valor emprendéis?

Ella misma escribía convencida (?):

Hace más de dos años que todo esto viene siendo pesado y repesado y encontrado al fin digno de ser emprendido. Ateneos a las cualidades de juicio y ponderación del Archiduque que son la garantía de que él tiene aquí más que un sueño y una quimera, un gran llamado y un magno porvenir.

Con mil amores hubiera trocado Maximiliano este *magno porvenir* por su vida monótona y muelle de Miramar. No haber firmado el Pacto de Familia propuesto por Francisco José lo hubiera librado del yugo que iba a imponerle el Imperio Mexicano, pero ahí estaba Carlota inexorable, y firmó al fin.

Y aquí estamos ya frente a uno de los actos capitales del evento imperial.

Acicalados y caravaneros llegan hasta el gran salón de recepciones, en Miramar, los comisionados para ofrecer la corona de México. Es el 10 de abril de 1864.

La comisión, compuesta por Ignacio Aguilar y Marocho, Tomás Murphy, el P. Francisco Javier Miranda, Joaquín Velázquez de León, Angel Iglesias Domínguez, Adrián Woll, José Landa y Antonio Escandón, José María Gutiérrez Estrada y José Manuel Hidalgo y Esnaurrízar, va capitaneada por éste y presidida por aquél.

En el salón esperan los Archiduques, vestidos de gran gala y rodeados de su pequeña corte. Hay princesas, marqueses, generales y ministros de países amigos.

Crujen las sedas, resplandecen las condecoraciones y deslumbran las joyas.

Al discurso largo, ampuloso e impertinente de Gutiérrez Estrada, contestó Maximiliano preciso y terminante. Dijo después de cuatro o cinco palabras introductorias:

Acepto el poder que la nación de que sois los órganos quiere conferirme; pero lo conservaré únicamente por el tiempo necesario para crear en México un orden de cosas regular y establecer instituciones sabiamente liberales.

(Esto de la liberalidad, por mucha sabiduría que se le haya antepuesto, debe haber sentado muy mal a los comisionados que con seguridad no conocían otra profesión de fe del Archiduque, hecha por escrito y sin solemnidad:

Dios está muy lejos de nosotros y de hablar el lenguaje de los hombres. Sus preceptos y castigos siempre se han interpretado a favor del príncipe irresponsable).

A continuación del besamanos, por primera vez fueron saludados los emperadores de acuerdo con su investidura. *Bien adiviné* —comenta Hidalgo— *lo que ella sintió cuando se oyó llamar Majestad.*[12]

[12] H. y E., J. M. *Obra citada*, p. 60.

Enseguida se cantó en la capilla un Te Deum, se izó la bandera imperial mexicana y Miramar se estremeció con el saludo de veintiún cañonazos.

Después... después el infeliz Emperador no pudo más. Corrió a encerrarse, enfermo y delirante, a un pabellón íntimo y escondido en el jardín.

En su escondite, solo con su médico, inauguró sus actividades imperiales escribiendo plañideras estrofas.

En cambio, Carlota radiante y como rejuvenecida, en actuación extraordinaria, recibió parabienes y congratulaciones, atendió gentilísima a todos los visitantes y presidió el banquete nocturno más político que gastronómico, desplegando toda su diplomacia para disculpar la ausencia de S. M. el Emperador. Ahí lució S. M. la Emperatriz como la más galana flor entre tantas que adornaban la mesa.

El entusiasmo y la nerviosidad la hicieron olvidarse de que las habitaciones de su marido eran terreno vedado para ella e irrumpió agitando —¡bandera de triunfo...!— un telegrama de felicitación enviado por Napoleón III.

Maximiliano respondió gritando como un niño enfurruñado:

¡Vete, vete...! No quiero saber nada de México. No quiero que me hablen de México.

Para confirmar tal deseo negativo, se excusó de recibir a las comisiones de Venecia, de Trieste y de Fiume que fueron a ofrecer sus respetos al nuevo soberano de México.

¿Qué impresión causarían en el ánimo de Carla estas reacciones de Max?

Si alguna estimación se había salvado y persistía, seguramente que la ahogó entre las escolleras y los muelles de Trieste al embarcar en *La Novara*.

Mientras sonaban las músicas, los vítores y los homenajes, ella tenía que responder sonriente, satisfecha ¡y sola! desde la cubierta, porque el Emperador había huído hasta su camarote y ahí se debatía en ataque de llanto sobre su litera.

¡Pobre Carlota! Estas reacciones y estas actitudes tan espontá-

neas y tan sin embozo del hombre que era su marido y era el Emperador con quien iba a compartir un trono por el que tal vez mucho habría que luchar; al que obligó a firmar primero el Pacto de Familia y luego el documento que bien puede llamarse el anti-Pacto, en que niega bajo juramento la lectura de aquél y haberlo firmado por presión de Francisco José, tienen que haber sido como el colmo de su desencanto, pero aún le faltaban más. Muchas más.

No obstante el cúmulo de contratiempos y de adversidades íntimos, ya reflejos en diversos aspectos de su vida oficial y notados por los allegados, la soberana —gran actriz— llega a Roma del brazo de su esposo. Triunfadora, feliz y ostentosa se dirige y entra al Vaticano.

Hasta su religiosidad era, como el triunfo y la felicidad aparentes, producto de su estado mental.

Su Santidad Pío IX celebró Misa especial para ellos y les dio la Sagrada Comunión. Consignan acordes biografías y crónicas.

Más político que religioso, el móvil de la visita al Vaticano y a Su Santidad fue el interés por consolidar sus relaciones con la Iglesia e iniciar la posibilidad de un Concordato.

La cautela y la reserva lógicas del Vicario fueron para la ilusa chorros de agua fría.

Su condición de paranoica tenía determinado que hasta la Iglesia iba a supeditarse a su designio. O a su capricho.

Nuevamente, *La Novara* se hace al mar.

Deja el Tirreno y se despide del Mediterráneo.

Gallarda y valerosa se adentra en el Atlántico.

Durante la navegación, Carlota se ocupa en planear y organizar su corte, en redactar manuales de cortesanía para las damas mexicanas que la esperan y en escribir las consabidas cartas. Dice a su abuela en una de ellas:

El viaje, tan feliz, me ha dado nuevas fuerzas para llevar a término mi gran misión.

Maximiliano, por su lado, hace añoranzas de su encantado Miramar en nuevos intentos literarios.

¡Veracruz. . . !

El 29 de mayo de 1864 tira sus anclas *La Nóvara*.

Carlota contempla espantada el panorama desolado. Un puerto ardido por el sol en el crepúsculo que devora la noche sofocante.

Con la noche llega hasta *La Novara* un soplo denso de insalubridad.

A la mañana, un cielo como de metal que ciega, rubricado de negro por el vuelo de los zopilotes en bandadas —¿éstos serán los lindos pájaros pequeños como insectos que le prometieron?—, es el palio que la espera para desembarcar.

Esta es la puerta de su Imperio ensoñado.

Pero la puerta está vacía y silente. Nadie ha acudido a recibirla ni a rendirle pleitesía. Ni una campana ni una música anunciaron su arribo. Esta espantable soledad, este desaire imperdonable son los saludos de su nueva patria; espinas duras y agudísimas en la corona de su desventura.

Desencantada y humillada —¡una vez más. . . !— Carlota llora en Veracruz lágrimas en que se derrama su orgullo indomable.

Hay que salir pronto de aquí. Hay que huír de esta ciudad muerta, de este puerto infestado de fiebres y de vómito.

Para su sensibilidad agudizada por la cruel impresión de Veracruz, la trayectoria del puerto a México, el ascenso desde la costa al Altiplano tan lleno de contrastes en su topografía, en su clima, en su flora, en su paisaje, en sus ciudades, en su gente, fue motivo de curiosa inquietud.

Córdoba, Orizaba y Puebla le restituyen generosas la confianza de haber llegado al país que le pintaron los imperialistas mexicanos.

Confortada con los homenajes recibidos, halagada y bien dispuesta, ya echó en olvido contratiempos y lágrimas.

La ciudad de México la espera delirante, y a la ciudad de México llega la Emperatriz en delirio enjubilado.

Nadie ha dejado de acudir a recibirla y no hay balcón que no se haya empavesado para saludarla.

Todas las músicas, todos los cohetes y todos los repiques de campanas que no hubo en Veracruz aquí suenan con creces y hasta el despilfarro.

Llueven sobre ella pétalos de flores de color y fragancia increíbles.

¡Viva el Emperador Maximiliano...! ¡Viva su Majestad la Emperatriz...!, grita el pueblo al unísono.

Su Majestad la Emperatriz... ¡es ella! Toda la dicha del mundo suena en estas palabras. No hay nada comparable al gozo que la embarga y qué satisfecha responde con caravanas y sonrisas a la bienvenida reverente de sus súbditos. Hasta para Maximiliano que va junto a ella en la carroza, tiene sonrisas complacidas.

Las campanas de la catedral —palomas liberadas y echadas a vuelo— cantan su himno de bronce y en su himno envuelven, como en brillante maya, a la comitiva imperial.

En arrobo siente Carlota que el Te Deum, además de Te Deum es, entre el aroma del incienso, la música del órgano y toda la magnificencia de la liturgia en el esplendor áureo del gran templo, la debida glorificación a su nueva dignidad —¡por fin...!— de Emperatriz.

Sus ojos brillan más y con fulgores nuevos bajo los diamantes de la regia corona.

Después de aquella magna solemnidad, erguida y majestuosa camina de la Catedral al Palacio.

Como en volandas se siente transportada entre las aclamaciones frenéticas de la multitud incontenible.

¡Cuánto la ama de veras este pueblo, piensa, que tan francamente patentiza su emoción desbordada y que parece delirar de entusiasmo a su sola presencia!

(Ella no sabe, naturalmente, que la multitud halla pretexto en su presencia, lo mismo que más tarde lo hallará en el regreso de cualquier boxeador o en el entierro de tal o cual figurante cinematográfico para arremolinarse, gritar y pellizcar o romper cuanto le salga al paso).

En el Palacio —recién enjalbegado y más recién barrido—, qué sensación maravillosa y única experimenta cuando pisa las gradas

del trono y llega hasta el solio, apoyada la diestra en el brazo galante del Emperador.

Por la noche, antes de comenzar el baile, las damas de honor que vinieron de Europa con su señora, desfilan para saludarla con las acostumbradas genuflexiones y sonrisas de cromo. Tras de las importadas, vienen las damas de honor del país —seguramente morenas y rechonchitas ellas— a ejecutar las mismas zalemas, sólo que ensayadas con apremio.

Una de estas damas, muy campechana y decidida, se lanza hacia la Emperatriz para un efusivo abrazo como si se tratara de alguna de sus buenas comadritas.

Entre la general espectación y las disimuladas risas, la ofendida Carlota la rechaza bruscamente y en sus ojos, gélidos y airados, la cuitada encuentra el peor de los castigos para su singular atrevimiento.

Esta escena resulta la mejor ilustración para el texto de Sara York Stevenson, dama que vino con Carlota y bien la conoció:

Era reservada y un tanto carente de tacto y adaptabilidad; con cierta brusquedad de maneras y una dignidad demasiado pagada de sí misma, repelió a muchos que estaban dispuestos a la veneración.[13]

Pasado el contratiempo, la orquesta inicia el rigodón y los Emperadores se dignan romper el baile. ¡Toda la corte danza con embeleso en seguimiento de la regia pareja, tan bella y tan enamorada!

Pero el baile tiene que interrumpirse. La multitud, desde la plaza, en un intermedio de su hartazgo de cohetes, enchiladas y pulque —no del de gritos y empujones—, reclama la presencia de Sus Majestades.

Sus Majestades condescienden y salen al balcón, hacen caravanas y sonríen.

Jornada tan gloriosa no llega a fatigar a la Emperatriz. No hay duda, se dice, ella nació para reinar y qué bien está reinando ya.

[13] *Maximilian in Mexico*. S.e., New York, 1889, p. 31.

Como fueron tantos los requilorios imperiales de este día, no dejaron tiempo ni memoria a los antiguos y enterados criados de confianza para hacer las advertencias y las prevenciones consabidas —e íntimas— del caso. Los nuevos servidores palaciegos, ignorantes y optimistas, sólo dispusieron un regio y conyugal aposento para Sus Majestades.

Por esta su primera noche en México, Maximiliano y Carlota se retiran juntos a la alcoba imperial.

Ella, feliz por haber inaugurado tan magníficamente su soberanía.

El, por fatigado y aburrido más nostálgico que nunca de su catre individual.

—¡HASTA MAÑANA. . . !

—BUENAS NOCHES

Pero ni hasta mañana ni tan buenas.

Cuando todo parece haber quedado en calma y el silencio se hace convite al reposo, surgen innumerables enemigos emboscados en la alcoba y en el propio lecho. Miríadas de chinches hambrientas que surgen de entre las tapicerías, de los terciopelos y los brocados del docel y de las mantas, atacan a Sus Majestades con arrojo y furor republicanos.

Víctimas inocentes de este primer acoso, se refugian según ese precioso auxiliar de la historia que es la tradición oral, ella hecha ovillo en un sillón y él tiritando sobre una mesa de billar, en el cuarto contiguo.

Además de las naturales reacciones de asco y comezón, ¿qué sentiría Carlota; qué significaría en el interior de Su Picoteada Majestad haber tenido que ponerse en fuga del lecho imperial ante el acoso incontenible de tan repugnantes insectos, en su primera noche en el palacio de su Imperio?

La dignidad y el decoro de su soberanía deben haberle aconsejado: esto debe olvidarse. Esto no ha sucedido. Y esto, por su parte, no fue objeto de comentario ni de confidencia.

Pero los servidores amonestados por su falta de precaución y de cuidado, bien se vengaron de la reprimenda contando el hecho, regocijada y maliciosamente, a quien quiso y a quien no quiso oír.

Al enemigo inusitado y tan encarnizado que fueron las chinches, se sumó, eficacísimo, el volandero comentario doméstico. De este comentario, al divulgarse, surgió un nuevo enemigo invencible; el peor que suele enfrentar México: el relajo.

Factor vital en la vida del mexicano, se agazapa en miradas, sonrisas y palabras impenetrables cuando no estalla en carcajadas y gritos más fuertes que la más recia y sonora bofetada. Habilitado de tradición oral, por esta vez como por tantas otras —aunque sin reconocimiento ni categoría oficial—, el relajo se hace auxiliar inestimable de la historia.

Al día siguiente, Sus Majestades pudieron advertir un gesto nuevo en todas las caras mexicanas. En todas ellas vagaba cruel, más o menos torcida, esa sonrisa que dibujó indeleble el mestizaje y de la que nunca ya podrían librarse.

Mientras continuaban los festejos, huyendo de las chinches palaciegas y del relajo en creciente, los Emperadores decidieron trasladar su residencia al Castillo de Chapultepec y en Chapultepec se refugiaron.

Una vez instalada en el castillo, rodeada de su corte selecta de aristócratas y lejos, ¡felizmente lejos. . . ! de la pesadilla del relajo de la chusma empulcada; chusma de máscaras más que de rostros, iguales en su ambigua risa y en su mirada indescifrable estacionadas en el Zócalo; ante la perspectiva mágica del Valle y como a flote sobre un mar verde, fragante y rumoroso de ahuehuetes, la Emperatriz, siempre ilusa y obstinada, creyó a flote la nave del Imperio; viento en popa la nave cuyo timón abandonaba poco a poco Maximiliano entre sus manos.

Olvidadas todas las contrariedades padecidas; pasadas por alto puesto que no ignoradas las necesidades apremiantes y graves del

país y reducida la empresa de gobernar a todo un pueblo numeroso y hambriento —casi todo el pueblo levantado en guerrillas— a una vida de corte limitada y estrecha, Carlota visitó escuelas y hospicios, presidió reparticiones de premios y funciones de teatro e instituyó, máximo alarde de refinamiento, los famosos *Lunes de la Emperatriz.*

Y entonces sí escribió engolosinada a sus familiares y amigos de Europa, sobre todo a su amiga, casi su hermana Eugenia de Montijo.

La carta del 18 de julio de 1864 para la Emperatriz de Francia es valioso testimonio sobre la personalidad de la de México.

De tan prolija cuanto reveladora epístola transcribimos —otra vez la *historia de tijeras y engrudo*— los párrafos en que mejor pinta y exhibe Carlota lo contradictorio de sus sentimientos, y su mitomanía.

. . .En cuanto a pensar en Vuestras Majestades, nosotros no hemos hecho otra cosa desde hace quince días francamente secundados por los mexicanos que experimentan el agradecimiento legítimo que nosotros procuramos aumentar. Que un país jamás fue salvado tan milagrosamente como éste, ellos lo comprenden y lo demuestran con satisfacción que aumenta de día en día y con la afectuosa acogida que nos dan. Es la libertad de expresión devuelta por Francia y tan bravamente anhelada la que los ha hecho cambiar. Se dice que son fríos, apáticos y yo los encuentro, por el contrario, cordiales y llenos de confianza y de satisfacción por haberse librado de sus mil déspotas, lo que jamás hubieran logrado sin la mano generosa de Francia. . .

. . .La visita a la Virgen de Guadalupe me ha impresionado mucho; era como una gran reparación histórica el homenaje rendido a la Protectora de los Indios por un descendiente de Carlos V presto a sentarse en el trono de Moctezuma. . .

. . .Por todo lo que yo he visto, una monarquía en este país es factible y responde a las necesidades unánimes de la población sin embargo que ello significa una tentativa gigantesca, pues hay que

luchar con el desierto, con las distancias, con los caminos, con el caos más completo. . .

. . .Casi todos los indios saben leer y escribir, el pueblo es soberanamente inteligente y, si el clero lo instruye como se necesita, será un pueblo esclarecido. . .

. . .Hay en el clero elementos de patriotismo y aun de progreso intelectual; en el bajo clero, bien entendido. En cuanto se le haga volver a su esfera y comience a ocuparse de su ministerio, podrá ser acaso con el tiempo una cosa bastante buena. Todo está por hacer en este país, lo mismo en lo material y físico que en lo moral. . .

. . .El hombre que tiene sobre la conciencia todas las desgracias y todas las aberraciones de México es el General Santa Anna. Es él quien estableció la República como un medio para reinar con impunidad; el que ha perdido la mitad del territorio; el que ha hecho todas las revoluciones y corrompido todo lo que ha podido corromper, sobre todo los sentimientos de moralidad. Los gobiernos efímeros que se han sucedido desde hace más de cuarenta años, no han sido más que minorías suplantadas por otras, pues jamás han tenido raíz en la población indígena, que es la que trabaja y da para que viva el Estado. Así se ha pensado que, como índice de una nueva era, el Emperador viaje sencillamente y sin uniforme por las provincias, pues el pueblo está asqueado de generales enchamarrados que no saben más que montar a caballo y hacer la guerra. En este aspecto, el gobierno de Juárez era ya una sensible mejoría, pero él tendía a obtener la civilización por los Estados Unidos, lo cual es una grande anomalía. La Francia ha venido muy a tiempo para impedir esa tendencia y sustituirla con otra hacia ella, lo cual, yo creo, es el solo medio de civilizar a este país, ya que es necesario importar civilización. . .

Agrego unas líneas pues el correo —22 de julio— *aún no sale. El baile estuvo muy bien el domingo y todo mundo muy amable. Las cuadrillas se formaron con el Emperador y la hija del Prefecto Municipal, el General Bazaine y yo y las dos parejas Montholon y Almonte. Este último es felizmente de la Legión de Honor, que ostenta con visible orgullo. Es satisfacción que al fin recoja*

satisfacciones como premio a tantos trabajos y dificultades; es hombre honrado y valiente y nadie en este país habrá mostrado tanta dedicación y abnegación como él. La madre de Hidalgo, que debe haber sido muy bella, ha comido con nosotros y nos ha hablado mucho de sus hijos...

...Las cosas irán aquí, si Vuestras Majestades nos secundan, como deben ir y como nosotros queremos que vayan, pero es una labor prodigiosa...

Seguramente que entre las líneas de esta carta hay algunas verdades —bien amargas por cierto—, pero la inconsistencia de sus puntos de partida y de mira, la ignorancia de las verdades mismas y los motivos que las dictan, junto con la abrumadora mayoría de mentiras con que alternan, las aplastan.

Sorprende, conocido el carácter de Carlota, el servilismo con que escribe sobre Francia al dirigirse a la Montijo y hace gran contraste con la arrogancia que adopta al referirse a sí misma como elegida para realizar *una labor prodigiosa* o como importadora de civilización y, sobre todo, con el tono con que alude al *descendiente de Carlos V presto a sentarse en el trono de Moctezuma.*

Su concepto sobre la monarquía para solucionar *las necesidades unánimes de la población* es tan falso e irresponsable como la noticia de que *todos los indios saben leer y escribir.* ¡Qué maravillosa quimera! ¿Qué supo Carlota del número efectivo de los habitantes de México ni de las condiciones vitales de cada región? ¿Y qué estadística tan halagüeña pudo haberle revelado que en 1864 —hace casi un siglo— se había logrado lo que en 1962 todavía no se alcanza? Es doloroso —o risible— imaginar, en esos años imperiales, a los remotos nativos de la Tarahumara o a los lacandones y a los inmediatos del Valle del Mezquital, cuyas existencias ni sospechó siquiera, leyendo y escribiendo como ya se olvidaron de hacerlo nuestros contemporáneos.

Este indigenismo improvisado y convenenciero de la Emperatriz resulta similar al de ciertos políticos actuales. Hay, por ejemplo, en tierra predilecta de indigenismo y demagogia, una isla de pescadores. La isla tiene un adefesio que llaman estatua, el adefesio

tiene un puño en alto a la usanza soviética y tiene un costo de muchos, muchísimos miles de pesos, pero la isla no tiene agua potable ni servicio higiénico.

Sus palabras acerca del clero son indiscreto anticipo de ulteriores conflictos, y su capítulo sobre política interna y externa de México, las relaciones tan disímbolas —y los intereses tan comunes en las relaciones— con Francia y los Estados Unidos, denostando a Santa Anna y elogiando a Juárez, insistiendo en su errado criterio sobre el significado de la población indígena por desconocer su proporción respecto al mestizaje, es pasarse de lista; es ejemplar de interesada prevención y premeditada diplomacia.

Muy natural resulta que termine la exposición hecha de los problemas de México con noticias sobre un baile, las cuadrillas y la pretérita belleza de la madre de Hidalgo y Esnaurrízar.

Hay que figurarse la calurosa recepción que a tal misiva hicieron en Las Tullerías. El Imperio Mexicano, con mucho o todo por hacer, pero en tan buenas manos, resulta una mina para Francia. Napoleón III sonríe satisfecho, pues su prestigio en todas las cortes europeas adquiere las mayores dimensiones al confirmar las excelencias de su visión política, y de paso, que rabien, que rabien Inglaterra y España por haber perdido tan brillante oportunidad. Además, pronto seguramente, tal vez en el próximo correo, le llegue el primer pago de la deuda que con él contrajeron Max y Carla.

•

El mes de agosto trajo a Carlota el mejor de los regalos. Al salir de viaje Maximiliano, ella quedó encargada del gobierno.

De esta regencia hará relación amplia y detallada en nuevas cartas a su abuela. Por estas cartas podemos conocer su actuación y confirmar su condición de obnubilada.

En el cenit de su sueño escribe en una de ellas, el día 10 de agosto:

...los progresos en la opinión pública son inmensos; Max estimado y respetado desde el primer día, hoy es adorado. Los miem-

bros del Partido Republicano dicen que si bien no son monarquistas, ellos se sienten maximilianistas...

En otra, un mes más tarde:

...es una gran empresa la nuestra pues todo está por hacer, pero los progresos son ya grandes y el país está con nosotros. Yo me siento perfectamente feliz y Max también; la actividad nos conviene, somos demasiado jóvenes para no hacer nada. Entre ayer y hoy he visitado cuatro escuelas y una quinta, yendo de un lugar para otro...

...Acabo de regresar de un viaje a Tlaxcala donde pasé el día, me desayuné en un paraje delicioso y visité otras escuelas, dos fábricas, una de papel y otra de tejidos de algodón. Mañana yo tendré consejo de ministros, según el deseo de Max. Yo doy también, en su nombre, todos los domingos audiencias públicas y trato de satisfacer todas las peticiones, en cuanto es posible. Sin embargo, ya deseo que vuelva Max pues es más dulce ver que gobernar.

De tiempo en tiempo monto a caballo por la mañana, lo que me hace mucho bien...

Después del regreso de Maximiliano ella resume:

...Max está en el salón contiguo celebrando un consejo de ministros. El me ha dicho haber quedado satisfecho de mi gobierno. En efecto, yo me glorío de haber extirpado el bandidaje de los alrededores de la ciudad y de haber hecho reparar la parte deteriorada de una calle...

Trivializado al máximo —¿o al mínimo?— el concepto de gobierno, durante *su gobierno,* como tanto se ufana en consignar, tuvo otras actividades que inexplicablemente calla; condecoró a varios generales y asistió a múltiples banquetes.

Aquí, realmente, ya no hay contradicciones ni mentiras aisladas. Todas las cartas son en sí una sola contradicción y una inmensa mentira.

Es grandioso, para la situación de México, el remedio de *haber hecho reparar la parte deteriorada de una calle* y es maravilloso lo de que *Max, estimado y respetado* desde el primer día, hoy es *adorado,* asimismo lo de que ella se siente *perfectamente* feliz y Max

también. Ella, es posible, ¿pero Max que displicente y enfermizo se ocupaba en repartir cruces y condecoraciones, en disgustar a los conservadores acogiendo liberales y a los liberales condescendiendo con los conservadores, en ir y venir de Chapultepec a Palacio, en cancelar audiencias y en iniciar sus fugas de la ciudad, primero en gira oficial al interior, y luego en francas escapadas a su descubrimiento acogedor de Acapatzingo?

Cada vez más, y más ostensiblemente distanciados, pero en una especie de tácito acuerdo, ambos se ocuparon en hacerse retratar en lienzos de pintores de cámara, y despertar malos entendimientos entre los generales franceses y los mexicanos.

El final de 1864 y los principios de 65 se significan especialmente por el conflicto del Imperio con la Iglesia.

El 7 de diciembre de 64 llegó a México Monseñor Meglia, Nuncio Apostólico en quien esperaba encontrar Carlota un servidor más, seguro e incondicional, y con la investidura de delegado de Su Santidad para celebrar el Concordato que consolidaría el Imperio.

Informado el Vaticano de la situación, del gobierno y lo inaceptable de su política, envió una nota recordando a los emperadores sus promesas, señalando el incumplimiento de las mismas con el extrañamiento natural para el catolicismo de Sus Majestades.

Ante lo difícil de la situación con el Nuncio y el fracaso de su gestión con él, Maximiliano dejó en manos de su esposa todo posible arreglo, no obstante que ella había opinado: *ese hombre está loco; hay que tirarlo por una ventana...*

Monseñor Meglia, al salvaguardar la dignidad de la Iglesia, conservar el decoro de su alta jerarquía y no plegarse a los absurdos propuestos, en la más violenta de las audiencias provocó tal contrariedad en la Emperatriz, que de inmediato se quejó con Eugenia de Montijo en airada carta:

...nada me ha dado una idea más exacta del infierno que esta entrevista, pues el infierno no es otra cosa que un callejón sin salida...

Ante la irresponsabilidad de los emperadores y su amenaza de ratificar las Leyes de Reforma, lo violento de la situación y lo imposible de solucionar el tremendo problema de México, Monseñor Meglia, debidamente autorizado, juzgó prudente abandonar la empresa e irse por donde había venido.

Corre rápido el tiempo y 1865 sigue prodigando, una tras otra, noticias y sorpresas a cual más infaustas: triunfos constantes de las guerrillas, represalias de los chinacos, negociaciones favorables a Juárez, dificultades interiores en el consejo de ministros, rumores alarmantes de gran disgusto en Francia por el absoluto incumplimiento de la deuda y por desobediencias de Maximiliano a las instrucciones de Napoleón sobre su forma de gobierno, la bancarrota de la hacienda pública y la miseria derivada, la presencia de los republicanos en los aledaños de la capital, y dentro de la capital otra vez las máscaras de gesto impenetrable, pero ahora con la más insolente y agresiva de las risas; otra vez el relajo, ese relajo a veces trágico con que el pueblo manifiesta su hambre y su desencanto.

El pueblo se pregunta: ¿Es éste el buen gobierno, el gobierno católico que venía a salvarnos...?

Los emperadores temen la actitud popular y se abstienen de presentarse en público. Hasta suspenden su asistencia a teatros y otros centros a causa de repetidas manifestaciones hostiles.

Como compensación a este enclaustramiento, se construyó, en uno de los salones, el Teatro de Palacio, inaugurado el 4 de noviembre.

Esta inauguración, dirigida por el lector de cámara José Zorrilla, con doscientos invitados para celebrar "los días" de la Emperatriz y en el momento en que la suerte del Imperio estaba tan comprometida, es culmen de la política del absurdo y su programa el mejor exponente, el broche de oro de un torpe episodio de "aristocracia y sociedad".

Programa y crónica de la fundación figuran, recogidos por la

acuciosidad de don Armando de Mária y Campos, en uno de sus libros.[14]

No resistimos transcribir, por lo menos, algunos renglones del programa:

A las ocho de la noche se dirigirán SS. MM. y las personas al Salón del Teatro.

La Música tocará entonces la Fanfarre dedicada a S. M. el Emperador y compuesta por Rossini.

El señor don José Zorrilla esperará a SS. MM. en los escalones que unen al salón con el escenario.

Cuando SS. MM. hayan ocupado sus asientos, el señor Zorrilla subirá al escenario, leerá una poesía, y concluida su lectura, bajará al salón a poner en manos del Emperador el manuscrito autógrafo de su composición.

Después de esto se correrán las cortinas, se dispondrá el escenario en cinco minutos y comenzará la representación de:

DON JUAN TENORIO

comedia en verso del ilustre poeta don José Zorrilla, arreglada por su autor para esta ocasión en cuatro actos...

...El señor Zorrilla se sentará cerca de S. M. el Emperador, volverá a subir al escenario en donde se hallarán ya todos los artistas del teatro mexicano, en medio de los cuales leerá la poesía titulada:

La Corona de pensamientos
Galantería poética
a S. M. la Emperatriz

y concluida la lectura bajará al salón para ofrecer a S. M. la Emperatriz, la corona de flores, sirviéndole de azafate el papel de su composición. La música de cámara tocará en los entreactos.

Después de este sube y baja del señor Zorrilla y las representadas aventuras de *Don Juan Tenorio,* las vivas desventuras del Imperio anuncian implacables su desplome.

Apenas repuesta la Emperatriz de las emociones de su apoteosis como musa de los ripios de Zorrilla se renovaron sus ímpetus, tanto

[14] *El Emperador y el poeta; Maximiliano y José Zorrilla.* Ed. de Helio-México, México, 1956, pp. 23-25.

para interrumpir la vida ya insoportable cerca de Maximiliano como para ir, noticiosa de la situación angustiosa del campesino maya, a remediarla, sale de viaje a Yucatán.

Aquella tierra remota y misteriosa la sorprende con la belleza singular de sus ruinas, lo pintoresco de sus costumbres y sus ropas y le confirma la inhumanidad de los terratenientes para con los peones. El más abominable de los cacicazgos se enseñoreaba de toda la península y el trabajador arrastraba una vida de esclavitud inferior a la de las bestias, a ciencia y paciencia de gobiernos liberales y republicanos.

Por esta vez con los pies en la tierra, Carlota promulgó la abolición del látigo y reglamentó los horarios de trabajo. Lástima que sus buenas intenciones no pasaron de eso, de intenciones que le acarrearon, además, el odio de los hacendados.

Ilusionada con sus planes escribió segura de su efectividad:

. . .El proyecto relativo a los indios, después de producir un estremecimiento a la hora de su presentación, ha sido aceptado con cierto entusiasmo. No ha habido más que un voto en contra. Fortalecida por el éxito, he expuesto teorías sociales sobre la causa de las revoluciones en México, que han procedido de minorías turbulentas apoyadas por una gran masa inerte; sobre la necesidad de restituir a la humanidad millones de hombres y acabar con una plaga a la que la independencia puso un remedio ineficaz, puesto que los indios, aun siendo ciudadanos, de hecho, han permanecido en una desastrosa abyección. Todo esto ha cuajado con vivo asombro mío y empiezo a creer que es un hecho histórico. . .

La nobleza de sus intenciones se mezcla con un deplorable desconocimiento de la realidad y con su vanidosa conclusión. Todo eso, desgraciadamente, no ha llegado a ser.

Malos vientos soplaban para Carlota. Mientras ella viajaba por el Sureste y se creía su salvadora, en Bélgica murió su padre el Rey Leopoldo. De regreso a la capital encontró a la ciudad estremecida por gritos y presagios de guerra inminente.

Política de ser y hacerse

Problema constante para los Emperadores frente a la corte, los imperialistas y hasta el pueblo mismo era la falta de posibles herederos.

Los imperialistas no ocultaban su desagrado. La corte murmuraba. . . y sonreía. ¿Por qué —se preguntaban en voz baja las damas maliciosas— S. M. "no habrá encargado"?

El problema se agudizó cuando los más serviles cortesanos partidarios de Maximiliano —pues ya existían dos bandos: el del Emperador y el de la Emperatriz— crearon, haciendo maravillosa profesión de fe de proxenetas, el mito de amores y devaneos imperiales en Acapatzingo. Según ellos, grandes señoronas aristócratas y misteriosas entraban y salían por puertecillas y a horas más misteriosas en las habitaciones de Maximiliano, y hasta le achacaron el concubinato de la mujer o la hija del jardinero con la que procreó un hijo. . .![1] él, tan enfermo y debilitado; más debilitado que nunca en esa temporada por el recrudecimiento de su disentería, que se pasaba los días y las noches acogido a la calma campirana de aquel refugio donde hasta se olvidaba de los deberes —que no cumplía a ojos vistas— de emperador y de marido.

Para Carlota, especialmente, la falta de hijos, las preguntas, las versiones relativas y los comentarios, eran flechas emponzoñadas.

---

[1] Hay quien afirma que fue Julio Sedano y Leguízamo, empleado de la Embajada de México en Francia, fusilado en Vincennes por espionaje al servicio de Alemania, durante la Primera Guerra Mundial.

El escritor Robert Goffin tiene anunciado un libro: *L'Enfant de Cuernavaca.*

En busca de solución para el conflicto, más o menos de acuerdo, los Emperadores dieron con un descendiente de Iturbide para heredar el trono. Pronta solución aunque insatisfactoria para los imperialistas y las cortes "amigas" que encontraron inadmisible que el familiar de un emperador sin sangre ni genealogía reales ciñera la corona de México.

Ante la gravedad de los acontecimientos políticos los familiares pasaron a segundo término.

Durante la breve ausencia de Carlota la crisis gubernamental se hizo definitiva y a su regreso de Yucatán —donde resulta que estuvo más para aparentar ante los Estados Unidos una total unificación nacional en pro del Imperio que para redimir, como se dijo, al indio maya—, se encontró con un organismo ya desintegrado.

Uno a uno, con fatalidad lógica e inexorable, los factores negativos se vinieron acumulando hasta que en un momento, aquello que era ya casi un cadáver, comenzó a corromperse en vida, si es que era vida lo que lo alentaba.

En los primeros meses de la Intervención, en carta profética dirigida a Mme. Cornu, ahijada de Napoleón III, el coronel Henri de Loizillon, hablando del *lodazal en que pataleaban*, resumió con exactitud y presbicia política admirables el desgobierno que se perfilaba:

Facilísimo es decretar un imperio, como lo hemos hecho, pero organizar un imperio es otra cosa. ¿Qué hemos organizado desde que estamos aquí? Nada...

Al fin de la jornada resultó preciso confirmar tan desoladora afirmación, sumándole los desaciertos que a espuertas produjeron la excesiva confianza en sí mismos y en sus patrocinadores, el sistema político tan personal de "a ver qué pasa...", la falta de criterio, la ineptitud como estadistas y la ignorancia absoluta de la geografía física, humana y económica de México, por parte de Maximiliano, de Carlota y sus ministros y colaboradores.

Claro que no podía subsistir un Imperio mendigado a Francia —en aquella época muchos despistados se dirigían a la Francia imperial como ahora se dirigen a la Rusia soviética—, organizado y desempeñado por individuos que no conocieron el sentido nato de la palabra "imperio"; sin bases jurídicas ni sociológicas, que antes de contar un año de existencia contaba un déficit de 147 millones de pesos; en el que Manuel Siliceo, connotado corresponsal y espía de Juárez, fue Ministro de Educación y Cultos; que cultivó, en viva contradicción con su pretendido indigenismo, el esclavismo y la trata de negros,[2] y se redujo a ser el anfitrión de sus incondicionales, provocando con su ligereza y su volubilidad, la ruptura con hombres tan enteros, tan leales que se hacen un símbolo, como don Antonio del Moral, Prefecto de Morelia, cuya renuncia —chorro de agua clara entre tanta inmundicia— es ejemplar de garbo espiritual, de honestidad y dice así en el más significativo de sus períodos:

...me aseguró V. M. que su gobierno sería todo nacional y libre de influencias extrañas; que antes de dos meses, los mexicanos todos, sin distinción de opiniones rodearían el trono y serían su mejor y único apoyo, y que para el evento inesperado de que las combinaciones, ya bien meditadas, no dieran el pleno y satisfactorio resultado que tantos hechos hacían prometer, V. M. estaba resuelto a consultar el sufragio público, convocando a los pueblos de una manera franca y leal y someterse a su decisión. ¿Es esto exacto, señor? Pues bien, han transcurrido tres meses y aquella esperanza no se realiza; la guerra toma mayores proporciones; los odios se exacerban, y cada día se hacen perceptibles las resistencias, sin que hasta ahora, al menos que yo sepa, se dicte providencia alguna para explorar la voluntad del país. V. M. tendrá altas y poderosas razones para no apelar de presente al indicado medio; yo debo respetarlas, pero cualesquiera que ellas sean, consecuente con lo que expuse a V. M. misma en el acto de admitir la Prefectura, no

[2] Decreto autorizando la entrada de negros libres al país para trabajar cinco años, pero, en caso de deserción, condenados a trabajos públicos sin sueldo.

me es decoroso permanecer en ella cuando faltan las bases de mi condicional aceptación...

Lástima que tan clara, tan objetiva lección de decoro y patriotismo para propios y extraños, para monárquicos y republicanos, no fue aprovechada por unos ni por otros.

A las deficiencias y calamidades internas vinieron a agregarse las circunstancias que, desde fuera, se empeñaron con especial esmero en minar la ruinosa estructura con la más torcida y más sucia de las políticas.

(Bueno..., casi tan sucia y tan torcida como la que actualmente desenvuelven los llamados grandes en sus juntas. Para informes, Yalta).

En primer lugar, lugar de honor entre la canalla, Napoleón III. El *buen hermano* que en 1864 prometió y garantizó su ayuda plena, en 1866 —15 de enero— levantó este monumento de indignidad e hipocresía:

Señor hermano mío: Con penoso sentimiento escribo a V. M., pues me veo obligado a darle a conocer la determinación que he tenido que tomar a consecuencia de las dificultades que me suscita la cuestión mexicana.

La imposibilidad de pedir nuevos subsidios al cuerpo legislativo para el sostenimiento del cuerpo de ejército en México y la misma imposibilidad en que se encuenta V. M. de no poder sostenerlo con los recursos del país, me han puesto en el caso de fijar definitivamente un término a la ocupación francesa. A mi ver, este término debe ser lo más pronto posible. Mientras tanto, os envío al Barón de Saillard, a fin de que, después de conocer la opinión del Mariscal Bazaine, se entienda con V. M. para determinar las épocas del llamamiento sucesivo de mis tropas, de modo que no se haga bruscamente, para que no peligren la tranquilidad pública ni los intereses que deseamos vivamente defender. Queda entendido, por otra parte, que la legión extranjera permanecerá durante algunos años al servicio de V. M. Si como no dudo, muestra V. M. la energía necesaria en esta circunstancia difícil y organiza sólidamente su ejército nacional y extranjero y, realizando todas las economías po-

sibles, V. M. halla medio de desenvolver los recursos de su Imperio, creo que se afirmará el trono de V. M. pues la marcha de las tropas francesas podrá ser una debilitación momentánea, pero tendrá la ventaja de quitar a los Estados Unidos todo pretexto de intervención. He mandado que escriban al Mariscal Bazaine y al señor Langlois, diciéndoles que ayuden a V. M. con sus consejos y con su apoyo. Quedaría desolado, le repito, si el poder de V. M. vacilara a consecuencia de una medida que me ha sido impuesta por la fuerza de las circunstancias.

Ruego a V. M. ponga en conocimiento de la Emperatriz mi vivo pesar por la muerte del Rey su padre. Su pérdida ha provocado en Europa un duelo unánime.

Renuevo a V. M. la seguridad de los sentimientos de particular y sincera amistad con la que soy de V. M. buen hermano

NAPOLEÓN

Por su parte, los Estados Unidos, es decir, los políticos de los Estados Unidos que en 1862 declararon por conducto del Ministro de Estado:

...francamente, las simpatías del pueblo americano hacia los republicanos de México son muy vivas y ve con impaciencia la Intervención Francesa en aquel país..., en 1866, invocando como de costumbre al pueblo, y ahora también a la Doctrina Monroe, conminaron en mensaje del presidente Johnson:

...y el gobierno de Washington no reconoce en México más gobierno que el de Juárez... previniendo además:

Francia queda invitada a retirar sus tropas de México. No hacerlo significaría la guerra.

Aceptada en principio tan cordial invitación, los gobiernos de Francia y de Estados Unidos, mientras se hacía efectiva la aceptación y peleando sus respectivos intereses en México, inauguraron y realizaron una temporada de "no intervención" interviniendo cada uno a su manera y conforme con sus conveniencias. Lo mis-

mo, exactamente, que hoy día practican las democracias y las dictaduras bajo tan elástica bandera.

Ante los acontecimientos y el avance incontenible de los republicanos en pie de guerra por todo el territorio Norte, Maximiliano comenzó a ver claro. Desistió de *entenderse con Juárez*, según había manifestado en diciembre del año anterior, cuando aún escribía a Europa en arranque de inconsciente optimismo: *Los asuntos ván bien*, todavía ciego y sordo al tumulto, al incendio y al saqueo que se multiplicaban.

La guerra se extendía también implacable por el Sur.

Cada día se estrechaba más el reducto del Imperio.

Para combatir el ataque republicano entró en escena con paso decisivo el Mariscal Bazaine. Tan decisivo fue su paso que lo reveló como producto de la más baja soldadesca disfrazado de Mariscal de Francia.

Su insolencia llegó a herir a Maximiliano y a Carlota, quien se apresuró a pedir a la Emperatriz de Francia el retiro del indeseable. De Francia contestaron que el día que el Mariscal Bazaine saliera de México, todo el ejército saldría con él... y se inició el retiro de las tropas francesas.

La guerra y la angustia, la situación y la política internacionales, la abulia de Max y el despecho hermético de Carla en un clímax de tensas relaciones —ya no se hablaban ni veían sino en actos oficiales— hicieron para entonces del Imperio un fantasma. Un fantasma tirado en el suelo por sus propios yerros y pisoteado por su propia mentira; blanco del relajo implacable del pueblo, que pronto arrastraría la furia vengadora de los republicanos.

Ante lo irremisible, un amigo de Maximiliano, oficial de su Estado Mayor, Léonce Detroyat, se atrevió a sugerir:

...y abdique V. M. pues su caída es cosa prevista y descontada. Es preferible mil veces una caída digna que el abandono en que ha de verse V. M. ...

Ante el solo enunciado de la palabra *abdicar*, Carlota se irguió con ímpetu insospechado. Su despecho encontró ocasión de desahogo y su hermetismo se volvió franqueza. Nuevamente segura de sí misma y de que su palabra tenía un poder sobrenatural, escribió el *Memorial* que hizo llegar a Maximiliano y en el que retrata con los más hondos perfiles su única, viva y obsesiva vocación: la de reinar.

...Abdicar es pronunciar su condena, otorgarse un certificado de incapacidad; y esto sólo es admisible en los viejos o débiles de espíritu; no es propio de un príncipe de 34 años, lleno de vida y con el porvenir ante él. La soberanía es la propiedad más sagrada que haya en el mundo; no se abandona un trono como se deja una asamblea cercada por un cuerpo de policía. Desde el momento en que uno toma a su cargo el destino de una nación, lo hace con sus riesgos y peligros, y jamás tiene derecho a abandonarlos. No conozco casos en que la abdicación no sea una falta o una cobardía; únicamente podría imponerse si se hubiera hecho traición a los intereses que a uno le han confiado, o ante la perspectiva de un tratado oneroso de una cesión de territorios; entonces la abdicación es una excusa y una expiación; no podría ser otra cosa. También se puede abdicar cuando se ha caído en manos del enemigo, a fin de quitar todo aspecto legal a los actos que haya que ejecutar obligados por la fuerza.

Producto de una inteligencia enferma, agudizada, este escrito inaugura la que bien puede llamarse etapa de los memoriales. En éste y en los siguientes descubre y patentiza su resentimiento para con Maximiliano, al que acusa insidiosa y sarcástica, sin percatarse de que algunas veces queda involucrada en su acusación. Así escribe sobre *los débiles de espíritu*, sobre *un príncipe de 34 años lleno de vida* y, en fin, acerca de la abdicación que no es sino *una falta y una cobardía* y su justificación para *cuando se ha caído en manos del enemigo*. ¿En cuáles si nó estaban en realidad los dos desventurados?

En un paréntesis abierto y cerrado por dos memoriales, Carlota enferma y deprimida pero siempre dispuesta a representar su papel de Emperatriz, el día onomástico del Emperador, asiste sola al Te Deum de Catedral, ataviada con sus mejores galas, corona-

da y cubierta con el manto imperial que ya se antoja mortaja del Imperio.

Después de la solemnidad y de las aclamaciones de sus incondicionales, Carlota siente renacer sus bríos. No debe abatirse. Está segura de triunfar, y triunfará. Su plan, por suyo, no podrá fallar. Lo que ni Almonte ni nadie han conseguido, ella lo logrará. Ella irá a Europa. Reclamará ante Napoleón y ante el Papa... si es preciso, conspirará con Víctor Hugo... negociará con los Estados Unidos... con su familia, con Francisco José... pero una crisis de llanto incontenible, más incontenible que todos sus arrestos, interrumpió su soliloquio.

El viaje a Europa se le volvió idea fija. Para obtener la anuencia de Maximiliano hubo un segundo —e innecesario— memorial:

...¿Por qué se ha de abandonar una corona? Los reyes en la Edad Media esperaban, al menos, que les arrebataran sus estados pero no los entregaban, y la abdicación fue inventada cuando los soberanos no supieron saltar a caballo en los días de peligro...

...No se dice ya, como en el casino, que ha saltado la banca, ni como en el teatro, que la comedia ha terminado y que van a apagarse las luces. Nada de eso es digno de un príncipe de la Casa de Habsburgo, ni de Francia y su ejército...

...De lo sublime a lo ridículo no hay más que un paso. Salir como adalides de la civilización, libertadores y regeneradores, y echarse atrás con el pretexto de que no hubo a quien civilizar, libertar ni regenerar, y todo en íntimo acuerdo con Francia, que siempre fue el país de los valores espirituales, es fuerza confesar, por unos y otros, que retirarse sería el mayor de los absurdos cometidos bajo el sol...

...Aun cuando estuviera permitido jugar con los individuos, no se debe jugar con las naciones porque Dios las venga...

Pese a lo bien aprendido de todo lo expuesto, a lo grandilocuente de sus frases y su clamor por la venganza divina, Carlota pierde pie. Dice que *no se debe jugar con las naciones*, y en realidad, ¿no jugó ella misma, o no se dio cuenta de que estaba jugando, y mal jugando con los destinos y la historia de México?

De todos modos, Maximiliano, sin ningún esfuerzo, autorizó el ansiado viaje. Parece que hasta se conmovió al despedir a la que llamó *angel tutelar del Imperio*.

Con el mayor sigilo y con presteza se hicieron los preparativos del viaje.

En los días de febril agitación que precedieron al de la partida, frente al más oscuro de los panoramas y la más difusa de las perspectivas, Carlota se mostraba satisfecha, encantada de ir a Europa a negociar la salvación del Imperio.

¿Esta actitud era reflejo de un verdadero sentimiento, de una auténtica esperanza, o era un número fuera de programa?

Acaso el subconsciente, iluminado por una chispa de razón y en un atisbo hacia la realidad, ¿no le avisaba lo perdido de su causa y lo inútil de su intento, y no le aconsejaba huír, salvarse de aquella pesadilla a la que ni siquiera la ligaba de veras un ideal ni un amor?

Los sentimientos más encontrados y antagónicos movieron desde ahí más que nunca los pasos de S. M. y sus pasos se volvieron tumbos desde que abandonó la ciudad de México.

En el momento de la salida de Carlota, cabe consignar otra historia que determina el viaje, o el motivo de su viaje, que no es precisamente el de la oficial y referida misión diplomática.

Según el cronista,[3] la Emperatriz fue amante de su garrido caballerizo, el coronel Feliciano Rodríguez, y marchó a Europa con objeto de ocultar, primero, su embarazo y después el nacimiento del hijo adulterino que fue a nacer, precisamente, camino de Gante, *Wey Gand*, de donde se originó su apellido: Weygand; Maxime Weygand, Mariscal de Francia y Miembro de la Academia, prologuista del libro *L'Empire oublie, l'aventure mexicaine* (París, Hachette, 1935), hecho prisionero por los alemanes en la Segunda Guerra Mundial.

Ingeniosa y romántica versión pero contradictoria con la psicología, el temple y la ambición de Carlota.

---

[3] José Avilés Solares en un libro referido por don Fortino Ibarra de Anda en su obra *Carlota, la Emperatriz que gobernó;* México, Ed. Xóchitl, 1944, pp. 124-126.

Más por soberbia que por virtud, las mujeres de esa condición mueren, se consumen, pero no se entregan.

Supuesto un caso excepcional, la Emperatriz se hubiera entregado a un soberano con más categoría, más significación, más dominio y prestigio que Maximiliano. Nunca a un caballerizo.

De haber tenido un hijo, aceptado lo del caballerizo, o de quien fuera, cómo y cuánto se hubiera sentido orgullosa, y no por ternura ni afectos maternales, sino por haber iniciado una dinastía. Lo hubiera proclamado y hubiera convencido a todo mundo, hasta a Maximiliano naturalmente, y a ella misma, de que aquel hijo era el más legítimo y bien habido de los príncipes; el heredero, la bendición viva de su feliz y fecundo matrimonio.

•

Después de un viaje accidentado y lleno de contratiempos motivados tanto por el clima geográfico cuanto por el anímico, Carlota llegó a Veracruz con su séquito. Bajo los vuelos negros y bajos de los zopilotes, con la más sórdida de las visiones en los ojos y el más negro de los rencores en el alma, después de un estrepitoso disgusto por cuestión de banderas, abandonó la tierra mexicana y embarcó rumbo a Europa.

Unos jarochos indiferentes vieron partir el barco *Empératrice Eugénie*.

El barco se perdió en el horizonte.

Era el 13 de julio de 1866.

Encerrada en su camarote durante toda la travesía, la Emperatriz insomne y torturada a todas horas, atiza el fogón de sus recuerdos y su resentimiento. Cavila y lucubra sin descanso.

Siente que su cerebro va a estallar. ¿Son las máquinas del barco que trepidan. . . ? Sí, eso debe ser.

¿Qué sucederá en México. . . y en Acapatzingo?

¿Seguirá Maximiliano adormecido de calor y de vino en su retiro, lánguido e indiferente a la guerra y al avance de los republicanos?

¡Qué horrible es no poder dormir. . . ! ¡Cómo trepidan esas máquinas. . . ! Pero no son las máquinas. . . Es la sangre que golpea su cabeza. . . Es la risa estridente de las máscaras. Es la chusma de máscaras de gesto inmpenetrable que grita y la persigue. . . Pero hay que prepararse. Pronto habrá de enfrentarse con Napoleón y con el Papa. . . Hay que disponer los memoriales, que ajustarle las cuentas. . . Hay que ponerse a trabajar.

Así pasa los días y las noches, confinada otra vez en su laboratorio de sueños, sin asomarse a ver el cielo, ni el océano, que se confunden —línea y color— en la distancia.

Menos mal que el relajo, el temido relajo de México que ya andaba como Pedro por su casa, no alcanzó en tierra su atormentada sensibilidad. El mar la defendió de escuchar su nombre, precisamente el nombre de la Emperatriz, hecho bandera de relajo.

Republicano fervoroso, distanciado de Juárez, Vicente Riva Palacio combatía en Michoacán. Una de sus armas era el periódico —de muy relativa periodicidad— *El Pito Real* que editaba en Huetamo. Al enterarse de la partida de Carlota su pluma se ensañó parodiando el *Adiós, oh patria mía,* del romántico Rodríguez Galván. Verdadero paradigma de su género, el *Adiós, Mamá Carlota* utiliza fielmente los primeros renglones de la poesía que lo origina para lanzarse después por las pendientes del encono y la sátira:

Alegre el marinero
con voz pausada canta
y el ancla ya levanta
con extraño rumor.
La nave va en los mares
botando cual pelota.
Adiós, Mamá Carlota,
adiós, mi tierno amor.

De la remota playa
te mira con tristeza
la estúpida nobleza
del mocho y del traidor.

En lo hondo de su pecho
ya siente la derrota.
Adiós, Mamá Carlota,
adiós, mi tierno amor.

Acábanse en Palacio
tertulias, juegos, bailes;
agítanse los frailes
en fuerza de dolor.
La chusma de las cruces
gritando se alborota:
adiós, Mamá Carlota,
adiós, mi tierno amor.

Murmuran sordamente
los tristes chambelanes.
Lloran los capellanes
y las damas de honor.
El triste Chucho Hermosa
canta con lira rota:
adiós, Mamá Carlota,
adiós, mi tierno amor.

En tanto los chinacos
que ya cantan victoria,
guardando tu memoria
sin miedo y sin rencor,
dicen mientras el viento
tu embarcación azota:
adiós, Mamá Carlota,
adiós, mi tierno amor.

Publicada en *El Pito Real* primeramente, fue reproducida de inmediato en toda la prensa de los republicanos. Pronto alcanzó tal popularidad por todo el país, que la parodia se convirtió en himno de guerra, adaptada a la música de la canción chinaca *Los cangrejos*.

•

Casi un mes duró la navegación de Veracruz a Saint-Nazaire. Francia le brindó la más desairada de las recepciones al desembarcar en ese puerto. Ni un acto de homenaje, ni una bandera de México fue izada para saludarla. Ni un soldado ni un oficial aparecieron para escoltar a la Emperatriz. Apenas el alcalde y los ediles la saludaban espantados de su furia.

En el hotel —¡Su Majestad en el hotel... !— la aguardaba otra recepción. Almonte le tenía la noticia de la derrota de Sadowa. Austria quedaba fuera de sus planes para pedirle auxilio.

Presa del desencanto y la desesperanza tomó cuanto antes el tren para París.

En el trayecto se repuso y hasta reconstruyó, una vez más, su imprescindible laboratorio interior. En París la cosa sería muy distinta. En la estación empavesada la estarían esperando, seguramente, los comisionados especiales de Napoleón y de Eugenia... o acaso ellos mismos, ¿por qué no...?, para llevarla con la debida escolta hasta Las Tullerías donde sería alojada con todos los honores, y donde podría hablar con ellos íntima y largamente.

Tan imperial, conmovedora y bella creación escénica se redujo en la estación de Montparnasse, al besamanos de su joven protegido Salvador de Iturbide, al del pintoresco Gutiérrez de Estrada y a las caravanas diplomáticas del Embajador de México en Inglaterra.

En coches de alquiler fueron llevados la Emperatriz y su séquito al hotel, y no llovió fuego del cielo como clamó Carlota.

Al día siguiente, ajada y marchita en el semblante y el vestido; negros el vestido y la mantilla con que se envolvía, recibió en el hotel la visita trepidante de Eugenia de Montijo, toda perfumes, risas y elegancias.

Entre abrazos y lágrimas la Montijo esbozó la política negativa de Francia.

Asediada por la insistencia de Carlota le prometió una audiencia oficial para 24 horas más tarde, pero tal vez sin contar con el Emperador, advirtió. ¡Estaba tan enfermo y tan cansado... !

La perfidia de Napoleón y su mujer dispuso un espectáculo que

satisficiera plenamente a la que ya se iba haciendo insoportable. Con la recepción quedaría bien despachada y ya no se atrevería a pedir soldados ni dinero para mantener en América un imperio austríaco.

En el recargado escenario de un palacio como el de Saint- Cloud, con la presencia de toda una corte, con galoneados guardas palatinos que presentan armas y más galoneados trompeteros que anuncian a los huéspedes de honor, conducida por el Príncipe Imperial, la idea y el sentimiento imperiales de Carlota reflorecieron plenamente.

Con suplicante humildad, confiada en ganar la partida por ese camino, Carlota inició su requerimiento de auxilio.

Invocó todas las razones que encontró convincentes y arguyó cuantos motivos le parecieron capaces de conmover al Bonaparte.

La causa del Imperio Mexicano era la causa de Francia en América. La civilización latina... la religión Católica... Pero estrellados tono, razones y argumentos en el muro infranqueable de la displicencia y el aburrimiento del que apenas confesó sus temores a las advertencias de Inglaterra y Estados Unidos, las de Prusia, sus necesidades económicas y su autoridad comprometida, la súplica se hizo exigencia, la humildad insolencia y la voz grito.

En tan violenta situación, a una señal de Eugenia, un criado trajo una jarra de refresco.

La misma Montijo sirvió a Carlota un vaso que le fue rechazado.

—No tengo sed de naranjada. ¡Tengo sed de justicia...!

—Vamos, mi amada hermana, hace tanto calor... Yo también tomaré.

Bruscamente bebió Carlota. Sus ojos relampagueaban y su voz trémula increpaba:

—Jamás podré creer lo que decís. Es imposible, inadmisible que el Emperador de Francia no pueda hacer nada por ese otro Imperio en el que tiene tantos intereses.

—Y sin embargo así es —replicó Napoleón—. Con gran dolor tenemos que abandonar a México, sufriendo la terrible humillación que sólo aceptamos para evitar nuevas y mayores calamidades.

—¿Entonces, se nos sentencia a muerte...?

—Al contrario. Que Maximiliano vuelva a Europa...

—Eso es huír, y los Habsburgos no huyen.

—Abandonar una empresa imposible no es huír. El mundo entero aplaudirá la decisión que impedirá que corra un mar de sangre.

—Sangre... sangre... —exclamaba Carlota que se había levantado de su asiento y recorría el salón como una fiera recién presa recorre su jaula.

—Sangre... —seguía vociferando sin control—: ¡Ay...! cuánta sangre —continuaba entre sollozos y risas histéricas— va a correr por culpa de vuestro abandono, y toda va a caer sobre la cabeza y la corona de Vuestra Majestad...

Toda la preparada calma de Napoleón y Eugenia naufragó al estallar la maldición de Carlota.

Lo que siguió fue una tremenda confusión de recriminaciones y de ataques.

Los gritos estridentes de Carlota se sobreponían a las voces airadas de los Emperadores de Francia.

—¡Maldición, maldición! Mi sangre de Borbones se ha humillado, arrastrado a los pies de un Bonaparte. ¡Ay! ¿Por qué olvidé lo que yo soy y lo que sois vosotros?... ¡Ay... maldición...! —hasta que se desplomó sobre la alfombra sin sentido.

Llamada una de las damas de Carlota que esperaba en la antesala, ayudó a Eugenia a aflojarle las ropas y a friccionarla y a darle a oler sales. El Emperador abandonó el salón.

Vuelta en sí, se refugió junto a su acompañante y todavía tuvo fuerzas para rechazar a la asustada Eugenia:

—Asesinos... asesinos. No quiero más refresco envenenado... No quiero... No... Asesinos... —y se perdió en una crisis de llanto prolongado.

Su temple indomable la fortaleció para volver al día siguiente a Saint-Cloud.

Esta vez la audiencia fue con la Emperatriz y con dos de los ministros: Fould y Randon, audiencia tan tediosa como inútil.

Con extrema insistencia, todavía logró una nueva entrevista con Napoleón III.

Esta vez, prevenida para no caer en intemperancias ni excesos, más que hablar, presentó viejos documentos comprometedores y cartas del propio Emperador reiterando a Maximiliano sus incondicionales ofertas de apoyo y reconocimiento, si aceptaba el trono de México que le ofrecía.

Dispuso y presentó, además, un memorial; mezcla de exaltación y lucidez, del que copiamos algunos períodos:

...Se dice que la Francia ha cumplido lealmente los compromisos que se impuso por el Tratado de Miramar, y que de México no ha recibido sino muy incompletas las compensaciones que le fueron prometidas. La culpa la tiene Bazaine. Los fondos de los empréstitos se han consumido, en su mayor parte, en la guerra civil, de cuyas consecuencias debe responsabilizarse al Comandante en Jefe del Ejército Franco-Mexicano que, por su inacción durante año y medio, ha permitido que los disidentes se apoderen de la mitad del país. El general en jefe francés ha privado al Gobierno Mexicano de sus naturales recursos al no terminar pronta y felizmente la guerra. El Mariscal se hizo sordo a toda indicación y abandonó provincias enteras al retirar sus tropas, las que permanecieron en absoluta inactividad por muchos meses...

...Se ha acusado al Gobierno Imperial de no haber marchado de acuerdo con un partido político determinado, pero esto se hizo por consejo de los generales franceses...

...Se ha dicho que la hacienda de México está en desorden, pero es el caso que los administradores de esa hacienda han sido todos franceses: Mr. Budin, Mr. Corta, Mr. Fould y Mr. Langlais.

Se reprocha al Gobierno Imperial Mexicano no haber festinado la organización de un ejército nacional, pero ¿quién ignora que el comandante en jefe estaba comisionado para formarlo, investido de todos los poderes necesarios al efecto? Su inacción en este punto es evidente, y cuando esta organización se confió al Conde de Thun, Bazaine dispersó los elementos de esa fuerza.

Apercibido también para luchar en calma, con el más amanerado de sus gestos, Napoleón prometió, ya que él no podía hacer nada por sí mismo, llevar el caso al consejo de ministros.

El en persona llevaría a la soberana de México noticias sobre lo que el consejo decidiera.

Con el más rendido besamanos la despidió al subir al coche.

Fiel a su promesa, pronto visitó a Carlota en el hotel.

Ella lo aguardaba con la más dramática de las impaciencias.

El se presentó con la más inalterable de las calmas, y con la misma le manifestó que el consejo había votado, por unanimidad, no facilitar más al Imperio Mexicano *ni un hombre, ni un peso.*

Contenida y digna, quemando su último cartucho contestó la Emperatriz:

—En ese caso, abdicaremos.

—Es lo indicado —contestó Napoleón, y untó de cosmético la mano de Carlota al despedirse de ella por última vez.

Deshecha, enferma y humillada, pasó varios días de llanto y depresión.

De pronto, como si la hubiera movido un resorte, en plena crisis de exaltación, vuelca odio hacia Napoleón en una carta para Maximiliano:

...No quiere y la violencia no sirve de nada, porque él tiene el infierno a su favor, y yo no. No es la oposición, ya que es él quien elige al cuerpo legislativo, y menos todavía el temor a los Estados Unidos. Es que quiere cometer una mala acción, preparada desde hace mucho tiempo, y no por cobardía, desaliento y otra razón cualquiera, sino porque él representa el principio del mal en el mundo y anhela borrar el bien para que la humanidad no vea que su obra es mala, y que lo adore.

Hasta ayer no le he permitido decidir con precisión que no haría nada, para poner en obra, en el intervalo, todos los recursos imaginables y para demostrar que él es el único obstáculo, ya que si el último de los ministros hubiera sido emperador, habría ce-

dido. Para mí, es el demonio en persona. En ocasión de nuestra última entrevista, tenía tal expresión, con los cabellos erizados, que resultaba horrible. Era la expresión de su alma. Todo lo demás era superficial. Sus lágrimas eran tan falsas como sus palabras. Todo en él es impostura. Con su último "no", quedó encantado. Mefistófeles, demasiado gentil, me ha besado la mano al despedirse, pero es una farsa, pues yo lo he penetrado con la mirada varias veces. ¡Todavía me estremezco! El mundo no ha contemplado nada parecido, pero "el reino toca a su fin"...

Esto me recuerda el Apocalipsis, y a esta Babilonia conviene aprender esto: ver al demonio tan cerca puede impulsar a los ateos a creer en Dios...

Y ahora a Italia, a Roma, al Vaticano.

Ella convencería al Papa de que interviniera cerca del clero mexicano a favor del Imperio.

Cumplida la prescripción médica de varias semanas de reposo pasadas junto al Lago de Como, en Villa de Este, feliz por los honores que le tributaron en Italia, la flota austríaca y hasta los garibaldinos, resucitando su condición y su dignidad imperiales, declamatoria e ilusionada vuelve a escribir a Max:

...La marina ha lanzado el primer rayo sobre tu poder futuro, sobre tu independencia tan costosamente adquirida; ha salvado las costas que tanto amas, y ahora va a abandonar a su suerte a Austria y a tu hermano. Su misión ha terminado aquí, lo mismo que la tuya. El honor de la Casa de Austria ha cruzado el Atlántico con el nombre de una de sus últimas victorias: Novara. Aquí desaparece con el sol para reaparecer allá, ¡plus ultra! Tal es la invocación de tus abuelos. Carlos V trazó el camino. Tú lo has seguido. No lo lamentes. Dios estaba tras él...

Poco a poco se van borrando sus rencores y sus reproches para Maximiliano. En cada carta, en cada línea van apareciendo renovadas palabras de afecto. Pronto lo llamará *tesoro bien amado*. ¿Lo llama así por bien amado, o por discreta precaución histórica?

Lo suntuoso y lo atento de la recepción en Roma afirmaron sus caras ilusiones.

Por fin, un bello día, entre la púrpura cardenalicia, la gallarda apostura de la guardia suiza y la gracia de los pajes, Carlota llega hasta las gradas del solio pontificio.

Su Santidad le brinda toda su benevolencia y toda su atención. Con meridiana claridad contestó a la demanda de la bella emisaria que el Vaticano estaba pronto para entablar negociaciones con su Imperio en cuanto las cláusulas del Concordato fueran aceptadas por los obispos mexicanos.

Ella que conocía perfectamente los conflictos surgidos por la torpeza de la política imperial, que conocía del todo la lógica negativa del clero para aprobar lo que no era sino una versión de las leyes juaristas, no pudo contenerse y desolada confesó su angustia por tal estado de cosas.

Afanoso de consolar a la abatida Emperatriz, Su Santidad la visitó personalmente y la invitó a asistir a una misa que celebraría él mismo.

Allá fue Carlota y después de la misa nuevamente la recibió el Papa, esta vez en su gabinete de trabajo donde desayunaba con prisa para atender luego a sus ocupaciones.

La fragancia del chocolate y del pan despertaron en ella un hambre oculta y contenida. En un arranque irreprimible se avalanzó sobre los alimentos tentadores.

—Es que me muero de hambre, Santísimo Padre... Perdón, pero hace dos días que no puedo comer nada. Perdón..., pero todo lo que me sirven está envenenado.

Con virtud y paciencia apostólica, Su Santidad compartió el desayuno con creatura tan extraña. La confortó con su palabra luminosa, le dio su bendición y al verla ya tranquila, la despidió atribuyendo aquello a un trastorno pasajero.

A los cuantos días, al iniciarse las actividades públicas del Vaticano, en la más sorpresiva de las formas, alterada y convulsa, la Emperatriz Carlota bajó de un coche y penetró corriendo, sin atender a nadie, ni a las formas y el respeto debidos, hasta el despacho de Su Santidad, pidiendo auxilio a grandes voces y mirando aterrorizada a todas partes.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. N. A. M.

—¡Quieren matarme, Santísimo Padre... Todos quieren matarme... y me matan si su Santidad no me auxilia... ¡Vienen desde México y de París para matarme... Ahí están afuera los agentes de Napoleón y unos indios de México... unos indios color de tierra que me miran y se ríen torvamente... Vienen para matarme... Ay..., Santísimo Padre, vienen a envenenarme... No dejéis que me maten... No me abandone Su Santidad, no, no me abandone...

La mano generosa de Pío IX franqueó el refugio del Vaticano a la desventurada víctima de la locura en estallido.

Ahí comió y pasó el resto del día.

Ahí pasó la noche tranquilizada, inmóvil y silente.

Con todo miramiento la convencieron de que no había peligro. Podía salir del Vaticano y volver al hotel, a lo que accedió al mediar la tarde.

Al verse en la calle determinó visitar varias iglesias y a ellas se encaminó seguida de su chambelán y su dama de honor.

Distantes unas de otras las iglesias, caminó como autómata el trayecto que las separaba sin mostrar ningún cansancio.

De vez en vez se acercaba a las fuentes, y a hurtadillas de sus acompañantes bebía en la mano sorbos de agua.

También esquivándose compró alguna fruta, pero enseguida de probarla, la tiró asustada.

Con la obsesión del veneno, de no ser por la señora Doblinger, su camarera heroica y abnegada, Carlota hubiera muerto de hambre. La buena señora convirtió el cuarto del hotel en gallinero y en presencia de la enferma mataba y cocinaba un pollo conforme se necesitaba.

Por cierto que la idea fija y torturante del veneno, enmedio del estado mental de la Emperatriz, no dejaba de tener un origen fundamentado y razonable.

Para tenerlos a la mano, es bueno volver pasos —unos cuantos— río arriba.

Cuando Maximiliano y Carlota, procedentes de Europa, viajaron de Veracruz a México, mucho se murmuró —secreto a voces—

que en un banquete, en Orizaba, agentes emboscados de los republicanos le dieron, entre viandas y bebidas, el toloache.

Más tarde, cuando estuvo en Yucatán, también se corrió la mala voz de que los hacendados, para vengar la política tan contraria a sus intereses de que alardeó Carlota, pidieron a sus brujos mayas que le dieran "bebida negra" y que le hicieran "muñeca de espinas".

No pueden establecerse como hechos consumados la ingestión de toloache, de la "bebida negra", ni el embrujamiento de la tal muñeca y sus efectos, pero las versiones tan reiteradas y su propalarse tan machacón y volandero, con o sin la materialidad de los hechos y de sus consecuencias, aflora incontenible en los surcos tan propicios de un cerebro de suyo desequilibrado y se hace motivo de angustia y sobresalto sobre los triunfos y las aclamaciones imperiales de tramoya.

Los días vividos en Roma, en aquel cuarto de hotel convertido en gallinero y en cocina improvisada, fueron del más sórdido infierno.

Carlota era una sombra y en torno de ella eran otras sombras sus acompañantes atontados e indecisos frente a la situación.

De pronto, la enferma recordaba su regia personalidad y daba órdenes, destituía personal y dictaba memoriales.

Luego se iba a la fuente a llenar ella misma la jarra con el agua que había de tomar.

Demacrada, insomne, hambrienta y silenciosa la encontró su hermano al llegar puesto sobre aviso.

El Conde de Flandes, al verla, creyó encontrarse con un espectro de su hermana. ¿Esta sombra trágica era en verdad Carlota? ¿Dónde estaban su gallardía, su elegancia, su imperio?

Misteriosamente, con la voz apagada y angustiosa, ella se apresuró a prevenir a su hermano de no comer nada y desconfiar de todos. Le recordó que ninguna gran figura histórica ha muerto de muerte natural y que en los platos y cubiertos había untada estricnina.

Compasivo y amable, él se empeñaba en convencerla de que no había ningún peligro, de que podía comer y de que todos enrededor eran amigos. A fin de terminar con tan espantosa e insostenible si-

tuación, decidido a sacarla de Roma, se ingenió a preguntarle si todavía le quedaban asuntos por arreglar en la ciudad eterna.

Muy segura respondió que no. *En Roma* —siguió informando— *todo marchaba bien. Gracias a la intervención del Papa lo del Concordato se podía dar por arreglado. Pero cambiando de tono y de actitud, casi furiosa farfulló sobre muchas, muchas visitas por hacer en Europa, pero especialmente en América... Sí, ya vería Napoleón cómo reaccionaban los Estados Unidos y se ponían de parte del Imperio Mexicano. Vámonos, vámonos cuanto antes... Hay tantas visitas por hacer en Washington, en Nueva York...*

Todavía se jugó una carta más el hábil Conde. Le propuso la espera en Miramar de la aprobación definitiva y la firma de Su Santidad en el proyectado Concordato. Era cosa de habilidad política estar cerca y a la espectativa.

El nombre de Miramar fue como un conjuro. Hacía mucho que la sonrisa estaba excluida de los labios de Carlota, pero al escuchar el nombre, Miramar..., volvió a sonreír, aunque muy tristemente.

Contra lo que diagnosticó el especialista encargado de su tratamiento, los primeros días en el castillo fueron magnífica promesa de mejoría, si nó de alivio. Se animó a comer y olvidó sus temores al veneno. Su sueño era tranquilo y dejó de mirar enemigos en cuantos la rodeaban. Paseaba tranquila por los jardines y miraba el mar. Pero el mar la enfermaba.

Un día, mirando el mar, gritó frenética:

—¿Qué hacemos, qué esperamos aquí...? ¡Pronto... vamos pronto...! ¡He de ir a Viena y a Bruselas...! Pronto... vamos o se hunde el Imperio Mexicano.

Este reclamo llegó a hacerse también obsesivo y al no tener acatamiento, furiosa, incontenible, recorría los jardines descubierta bajo la lluvia o al sol, implorando a gritos auxilio para su Imperio y su vida en peligro.

Los bárbaros sistemas con que esos años se trataba a los enfermos mentales, y la barbarie, la inhumanidad de los criados de Francisco José encerraron a Carlota en un cuarto del pabellón del jardín —donde antaño se refugió a llorar Maximiliano—, tapiando o por

lo menos enrejando puertas y ventanas, sin ver más que a su médico, al capellán y al repulsivo Conde de Bombelles. Noticiosa la familia de la enferma del confinamiento y de las condiciones de éste, temerosa de que tan inhumano trato empeorara su estado, decidió intervenir.

Primero fueron gestiones diplomáticas del hermano mayor de Carlota, Leopoldo II de Bélgica, por medio de uno de sus ayudantes.

Ante la obstinada, mezquina negativa de Francisco José para dejar ir a su cuñada —y a su dote— con los suyos, se hizo necesario recurrir a la acción.

La Reina de Bélgica, con todo un séquito se presentó en Miramar y noble, heroicamente, liberaron a la secuestrada de *qué cerco bárbaro e impío,* al decir de la misma Reina.

No faltaron, en la violencia del rescate, escenas chuscas como el esconderse del infeliz Bombelles y la paliza que le fue propinada.

•

La noticia de la locura de Carlota cruzó el mar. Maximiliano recibió el 12 de octubre un telegrama que comunicaba con frío laconismo:

Su Magestad la Emperatriz fue atacada con fecha 4, en Roma, por una grave congestión cerebral. La augusta princesa ha sido conducida a Miramar.

Y bien vengas, mal, si vienes solo, pero aquello fue un diluvio de males.

Apremiado por las insostenibles condiciones, la peor de las miserias y la más franca anarquía, Maximiliano abandonó su retiro de Acapatzingo y regresó a Chapultepec para hacer frente a los problemas del país y del gobierno.

Al darse cuenta exacta de la situación desesperada del Imperio y al leer la carta más nauseabunda de Napoleón en que le preguntó después de sus entrevistas con Carlota:

...¿Podrá sostenerse V. M. con sus propias fuerzas o se verá obligado a abdicar...?, después, en fin, de escuchar el consejo su-

plicado a Bazaine, decidió abandonar la empresa y sin pensarlo más, se dirigió a Veracruz para embarcarse.

Sin motivo aparente hizo alto en Orizaba y ahí lo agobiaron los mensajes y opiniones más adversos a su decisión.

De Austria le previnieron que su hermano no quería verlo convertido en el blanco de la burla unánime.

Más, la Archiduquesa Sofía, su anciana madre, le escribió trágica y sibilina:

Más vale sepultarse bajo las piedras de México que dejarse humillar por la política francesa..., y los mensajes, el consejo, torcieron sin mayor esfuerzo la voluntad del pobre Emperador sin voluntad propia.

Regresó a México y dijo en un arranque:

Un Habsburgo no huye a la hora del peligro. Me quedo con vosotros, sellando —inconsciente aún— su sentencia de muerte.

Retirado el ejército francés, sin medios económicos, sin soldados ni elementos de guerra, enfebrecido hasta el delirio, Maximiliano también redactó memoriales. En uno de ellos, directo a Teodosio Lares, Jefe de Gobierno, se confiesa vencido:

El Imperio no tiene fuerza moral ni material, y en efecto, nunca dijo verdad tan absoluta.

Acosado por los republicanos y aconsejado por el mismo Lares, abrigando todavía locas esperanzas, se refugió en Querétaro, donde al fin tuvo que capitular, traicionado e inválido para resistir, con tropa menguada y miserable armamento de ninguna parte, el ataque de un ejército de indiscutible superioridad numérica, bien equipado y con avanzadas de poderosa artillería estadounidense.

Pese al abatimiento lógico en el derrotado y a la enfermedad —su vieja disentería pasaba por aguda crisis—, en los últimos días, en Maximiliano se operó una transformación increíble. Ni sus más allegados podían reconocer al laxo Emperador que vegetó en Chapultepec o al abúlico príncipe que se refugió en Acapatzingo fugitivo de la realidad —anticipada personificación del *esclavo de su infe-*

rioridad trazado por Odier [4]—, en el valeroso y responsable prisionero de La Cruz y Capuchinas.

Así llegó al Cerro de las Campanas.

Frente a la perspectiva tan amplia y luminosa de la campiña que circunda la ciudad —panorama de suelo y vuelo—, el 19 de junio de 1867, cayó muerto por el plomo de las armas juaristas.

A este respecto, hay quienes tildan a Juárez de terco y lo acusan de falto de generosidad —no valieron mensajes ni gestiones ilustres; no valieron ni los ruegos de una mujer arrodillada a sus pies— para haber perdonado la vida al pobre soñador austriaco, cuando en realidad, con el fusilamiento, lo liberó de regresar a Europa destronado y corrido, en apoteosis de ludibrio, y otorgó al esquizoide que no pudo vivir con bizarría, la ocasión de morir, traicionado y transfigurado, con entereza de hombre y de caer con dignidad heroica.

Allende el mar se prolongaba el drama.

En cruel alternativa de lucidez y extravío, Carlota, restituida al Castillo de Laeken y al amor de sus familiares, arrastraba con los días una pena que se le había dibujado indeleble en el rostro.

En cuanto encontraba papel y pluma disponibles comenzaba una carta para Maximiliano. Cartas todas inconclusas, y abandonadas todas en el sitio que las empezara, tienen unas el signo de un amor ferviente: *Tesoro bien amado,* y otras saludan con la más rígida oficialidad: *A. S. M. el Señor Emperador Maximiliano...* Ahora menos que nunca se puede saber cuál tratamiento es el dictado por la verdad. Acaso ya ninguno.

Así hasta el día en que recibió la noticia del fusilamiento, y con la noticia el reloj y el testamento de su esposo.

Con serenidad insospechada escuchó el trágico mensaje.

Apenas una lágrima callada fue a perderse entre las blondas blancas del pañuelo.

De pronto, como herida de muerte huyó al jardín entre alaridos desgarrados.

Harto trabajo fue para médicos y familiares sujetarla y calmarla.

---

[4] Odier, Charles. *L'homme esclave de son infériorité; sur la genese de Moi.* Paris, Delachauz et Niestlé, 1950.

El ataque, opinaron los médicos, fue grave, mortal.

Pero ese fue el último ataque.

Desde entonces vivió tranquila y como resignada, al amparo de la religión a la que regresó —hija pródiga y fervorosa— en uno de los últimos instantes que tuvieron un destello de razón sus ojos.

Su vida quedó envuelta entre las brumas densas de la inconsciencia por sesenta años más.

Lo único que se mantuvo vivo en ella fue la idea de su condición de esposa y soberana.

Muchas veces la sorprendieron urgiendo a imaginaria camarera: —*Pronto... mi manto y mi corona... Pronto porque me está esperando S. M. el Emperador Maximiliano...* Otras, ante visitas creadas por su fantasía hablando ufana de su corte y de su matrimonio.

—*Mi esposo* —decía entonces— *fue un gran emperador. Un gran emperador y un gran esposo... Sí, yo fui la más feliz, más amada y aclamada de las emperatrices. En la corte, en México... ¡oh...!, México...* —para concluir en voz baja y lacrimosa—: *...la más amada y más feliz... y ahora, ya ve usted, estoy loca... y rodeada de sombras... ¡Mire usted cuántas sombras...!*

Con la obsesión del Imperio y de Maximiliano persistió su viejo afán, inextinguible, de manifestarse triunfadora y feliz hasta el momento de su tránsito, en el Castillo de Bouchout, el día 19 de enero de 1927.

•

Mitad verdad, mitad mentira las acciones y los escritos de Carlota, abundan en lo ilusorio, la ficción en que los paranoicos inmersan su vida.

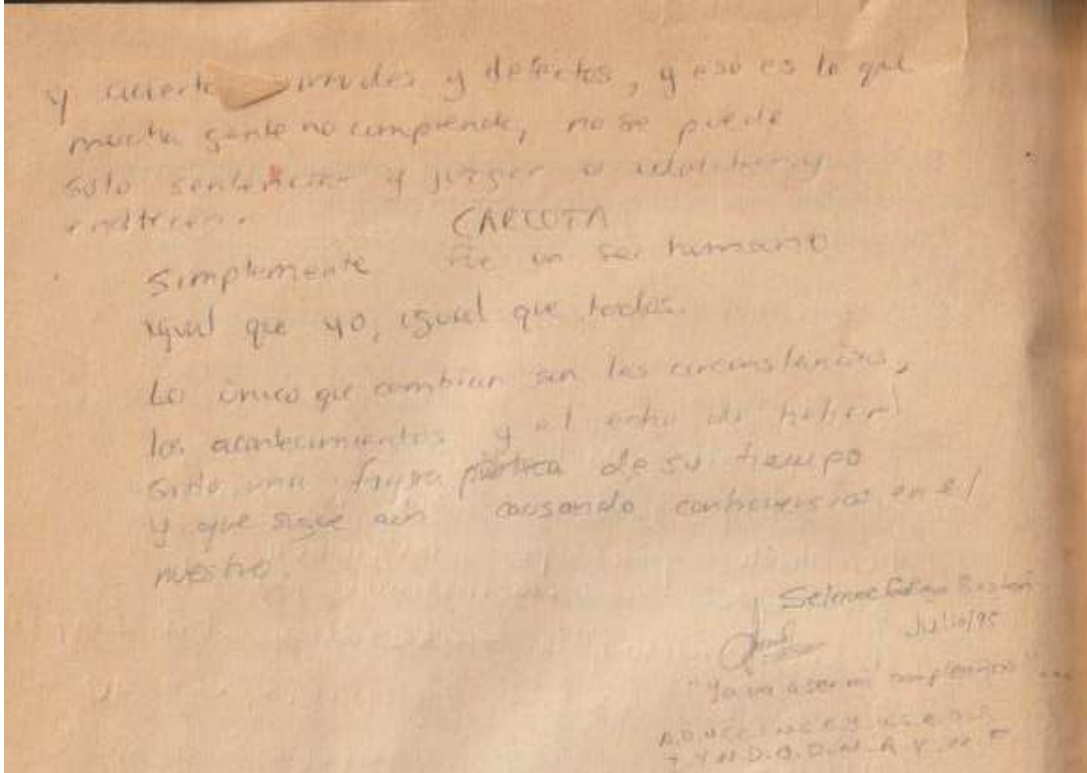
Ahora que esto de su ilusión —personalísima realidad de ella y para ella sola—, ¿dónde comienza y dónde acaba?

¿Cuál es la línea fronteriza que determina los mundos de la razón y de la insania?

Desventurada Emperatriz de un mundo de mentira, su desventura, su pasión y su psicosis culminaron en martirio.

Su martirio ha de haber sido cabal expiación ante el Juicio Divino.

Sierva feliz en el reino de Dios, descanse en paz. Así sea.



Bibliografía consultada

Advenimiento de S.S. M.M. I.I. Maximiliano y Carlota al Trono de México; documentos relativos y narración del viaje de nuestros soberanos de Miramar a Veracruz y del recibimiento que se les hizo en este último puerto y en las ciudades de Córdoba, Orizaba, Puebla y México. México, Eds. de "La Sociedad"; Imp. de J. M. Andrade y F. Escalante, 1864.

Arrangoiz, Francisco de Paula. *Apuntes para la historia del Segundo Imperio Mexicano.* Madrid, s..i, 1869.

Basch, S. *Maximilien au Mexique;* Souvenirs publs. par Pauline Drouard. Paris, Savine, 1889.

Blasio, José Luis. *Maximiliano íntimo; el Emperador y su Corte; memorias de su secretario.* París, Bouret, 1905.

Bonneau Du Martray. *Lettres de Mexique.* Paris, Plon Nourrit, 1920.

Buffin, C. *La Tragédie Mexicaine; les Impératrices Charlotte et Eugenie.* Brucelles, De Witt, s. f.

Bulnes, Francisco. *El verdadero Juárez y la verdad sobre la Intervención y el Imperio.* París, Bouret, 1904.

Carlota, *Emperatriz de México:*

Carta. México, Edit. Vargas Rea, 1944.

Cartas y telegramas. En el Archivo Privado de la Familia Real de Bélgica, publs. por H. de Reinach Foussemagne, en *Charlotte de Belgique, Impératrice du Mexique.*

Cartas y memoriales. En el Archivo Imperial de Viena, publs. por Armand Praviel, en *La vie tragique de l'Impératrice Charlotte.*

Le Llano de San Lazaro et le Camp de Cuajimalpa. México, Imp. de Andrade y Escalante, 1865.

Souvenirs de voyage a bord de la "Fantaisie". Vienne, Impr. Impériale et Royale, 1861.

Un hiver a Madère, 1859-1860. Vienne, Impr. Impériale et Royale, 1863.

CORTI, Egon César. *Maximilien et Charlotte du Mexique*, 1860-1865, l'apres les archives secretes de l'Empereur Maximilien et autres sources inédites. Paris, Libr. Plon, 1927.

DARTOIS D'HUART, R. *Maximilien d'Autriche, Empereur du Mexique*. Bruxelles. L'Edit. Universelle. S.f.

De Miramar a México [illegible]rizaba, S.i., 1864.

DECAUX, Lucile. *Charlotte et Maximilien, les amants chimérique*. 6a. ed. Paris, Gallimard, 1937.

DELAMARE, George. *L'Empire oublié; L'aventure mexicaine*, 1864-1867; pref. du Général Weygand. Paris, Hachette, 1935.

FAUCHER DE SAINT-MAURICE. *Notes pour servir a l'histoire de l'Empereur Maximilien*. Quebec, Burton, 1889.

GARCÍA, Genaro y PEREYRA, Carlos, comps. *Correspondencia secreta de los principales intervencionistas mexicanos*. México, Pola, 1905.

GAULOT, Paul. *El Imperio de Maximiliano; continuación de sueños de Imperio;* trad. del francés por Enrique Martínez Sobral. México, Angel Pola, 1906.

—*Sueños de Imperio;* trad. del francés por Enrique Martínez Sobral. México, Angel Pola, 1905.

GOFFIN, Robert. *Charlotte, l'Impératrice fantome*. Paris. Les Eds. de France, 1937.

GUTIÉRREZ ESTRADA, José María. *Le Mexique et l'Archiduc Ferdinand-Maximilien d'Autrice*. Paris, Garnier, 1862.

HARDING, Bertita. *Panthom Crown; the Story of Maximilian and Carlota of Mexico*. Indianapolis. The Dobbs-Merril Co., 1934.

HIDALGO Y ESNAURRÍZAR, José Manuel. *Un hombre de mundo escribe sus impresiones; cartas [y apuntes];* comp., prol. y anot. por Sofía Verea de Bernal. México, Edit. Porrúa, 1960.

IBARRA DE ANDA, Fortino. *Carlota, la Emperatriz que gobernó*. México, Eds. Xóchitl, 1944 (Colec. Vidas Mexicanas, n. 18).

L'Impératrice Du Mexique a Paris. Paris, S.i., 1866.

LANUSE, Jean Efrem. *Le Drama de Querétaro*. Manuscrito. En la Biblioteca Nacional de México.

LÓPEZ, Miguel. *La toma de Querétaro;* Miguel López a sus conciudadanos y al mundo. México, S.i., 1867.

MÁRIA Y CAMPOS, Armando de. *Carlota de Bélgica,* la infortunada Emperatriz de México. México, Eds. Rex, 1944.

—*El Emperador y el Poeta; Maximiliano y José Zorrilla*. México, Talls. Gráfs.

de la Edit. Helio-Mex, 1956. (Colec. Temas Teatrales, dir. por Alvaro Arauz).

MARX, Adrien. *Révélations sur la vie intime de Maximilien*. Paris, S.i., 1867.

MAXIMILIANO, Emperador de México:

Alocuciones, 1864-1865. México, S.i., 1867.

Cartas. En el Archivo Privado de la Familia Imperial de Bélgica, publs. por H. de Reinach Foussemagne, obra citada.

Décrets rendus a Miramar, 1864. Paris, S.i., 1864.

Souvenirs de ma vie. Paris, Libr. Internationale, 1868.

OLLIVIER, Emile. *La Intervención francesa y el Imperio de Maximiliano en México*. Guadalajara, S.i., 1906.

Le Pape et Maximilien; acuerdos, cartas, instructivos y notas, 1864-1865, relativos a la visita del Nuncio Apostólico Monseñor Meglia. Manuscrito. En la Biblioteca Nacional de México. Contiene también cinco hojas impresas sobre el mismo asunto.

PRAVIEL, Armand. *La vie tragique de l'Impératrice Charlotte*. Paris, La Nouvelle Revue Critique, 1930.

REINACH FOUSSEMAGNE, H. de. *Charlotte de Belgique, Impératrice du Mexique;* préf. de Pierre de La Gorce. Paris, Libr. Plon, 1925.

RIVA PALACIO, Mariano y MARTÍNEZ DE LA TORRE, Rafael. *Memorándum sobre el Proceso del Archiduque Fernando Maximiliano de Austria* [con documentos y cartas]. México, Impr. de El Constitucional, 1867.

ROEDER, Ralph. *Juárez and His Mexico;* a Biographical History. New York, The Viking Press, 1947.

ROMERO DE TERREROS, Manuel, comp. *Maximiliano y el Imperio según correspondencias contemporáneas*. México, Edit. Cvltvra, 1956.

SALM-SALM, Agnes zu. *Ten Years of my Life. London, Richard Bently & Son,* 1876.

SALM-SALM, Félix zu. *Contestación a don Miguel López, antiguo Coronel Imperial mexicano y autor del folleto "La toma de Querétaro; Miguel López a sus conciudadanos y al mundo"*. México, Imp. de El Constitucional, 1867.

Segundo Imperio; acuerdos, avisos, cartas, decretos, instructivos, leyes, etc. Manuscritos e impresos. En el Archivo General de la Nación. México.

SIERRA, Justo. *Juárez, su obra y su tiempo*. Ed. continuada y terminada (de la p. 430 en adelante) por Carlos Pereyra. Anot. por Arturo Arnáiz y Freg. México. U. N. A. M. 1956.

TAYLOR, John M. *Maximilien and Carlota*. New York, Putnam, 1894.

Los traidores pintados por sí mismos; libro secreto de Maximiliano en que

aparece la idea que tenía de sus servidores;[1] publ. con la certificación del C. Oficial Mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores y Gobernación [Manuel Aspíroz]. Eds. de El Constitucional. México, Imp. de El Constitucional, 1867.

[1] Título y subtítulo puestos por los editores. En el original manuscrito —parte en francés y parte en español— aparece como encabezamiento: *Asuntos sobre los que se han obtenido buenos informes.*

Indice

Prólogo 5
Resentimiento y frustración 11
Infanta sin infancia 15
La ronda y los piteros 23
De aristocracia y sociedad 37
Política de ser y hacerse 61
Bibliografía consultada 89

Bibliografía del autor

Etica y Estética en la Danza. Primera edición, México, D. F., 1948. Segunda edición, Campeche, Camp., 1948. Tercera edición, México, D. F., 1949.
Presencia y Prosa de Alfredo Maillefert. México, D. F., 1950.
Humanidad y Comedia en Balzac. México, D. F., 1950.
Ala y Antorcha de José Vasconcelos. México, D. F., 1951.
Natural y Sobrenatural de Sor Juana. Primera edición, México, D. F., 1951. Segunda Edición, Guanajuato, Gto., 1955.
Cartas y Apuntes. México, D. F., 1952.
José Rubén Romero; Conflicto y Logro de un Romanticismo. México, D. F., 1952.
Sobre lo Existencial y algunos "Ismos". Primera y segunda ediciones, México, D. F., 1954.
Catálogo de la Biblioteca del Centro de Orientación. México, D. F., 1954.
Indices Cronológico y Alfabético del Boletín de la Biblioteca Nacional. México, D. F., 1955.
Girándula. México, D. F., 1955.
Caudal y Herencia del Padre Alfonso Méndez Plancarte. México, D. F., 1955.
Estos y "Aquellos días" de Alfonso Reyes. México, D. F., 1956.
Tambor de Plata. México, D. F., 1957.
Leopoldo Ramos, Poeta en Ascensión. Primera y segunda ediciones, México, D. F., 1957.
Bibliografía de José Vasconcelos. México, D. F., 1958.
"Sin Tregua" y con "Fervor"; la obra de Jaime Torres Bodet. México, D. F., 1958.
Poesía y Mensaje de Elías Nandino. México, D. F., 1959.
La Biblioteca Universitaria; su Estructura, su Funcionamiento y sus Problemas. Primera edición, Monterrey, N. L., 1960. Segunda edición, México, D. F., 1960.

Acabóse de imprimir el día 10 de diciembre de 1962, en los Talleres de la Editorial Jus, S. A. Plaza de Abasolo 14, Col. Guerrero. México 3, D. F. El tiro fue de 3,000 ejemplares.